

Fr. Aníbal E. Fosbery O.P.

Tomismo y espiritualidad

Reflexiones acerca de la vida espiritual
según Santo Tomás

- Aquinas –

- Buenos Aires –

- 2004 -

Índice

- El legado histórico – doctrinal de Santo Tomás
- Santo Tomás de Aquino, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos.
- Espiritualidad y doctrina.
- Santo Tomás de Aquino, modelo de vida espiritual.
- La Suma Teológica como derrotero de la santidad.
- Imagen y semejanza de Dios, según Santo Tomás.
- Naturaleza y gracia en la espiritualidad de Santo Tomás.
- Vida espiritual y gracia capital de Cristo.
- El misterio de la encarnación del Verbo de Dios expresado en Santo Tomás.

Prólogo

Estas reflexiones acerca de la vida espiritual según Santo Tomás de Aquino, fueron dadas a los seminaristas de FASTA, hace algunos años atrás.

Algunos creyeron oportuno sugerir que las publicáramos por separado, para que pudieran ser conocidas por los laicos de FASTA y también por aquellos que guardan una especial veneración al Aquinate.

Este es el motivo que nos ha llevado a concretar esta publicación, buscando, de esta manera, contribuir a enriquecer el tomismo desde la perspectiva de la vida espiritual.

-EL AUTOR-

El legado histórico - doctrinal de Santo Tomás

Santo Tomás de Aquino es un santo muy especial; uno lo va amando a medida que lo estudia. Y no hay otra posibilidad: ¡es el Santo de la Sabiduría!

A medida que se lo va conociendo, se lo va admirando. Algunos dicen que está superado. Sin embargo, cuando se cumplió el séptimo centenario de su muerte -falleció en 1274-, se realizó un homenaje, en Roma, a través de un Congreso, donde hubo más de 1200 ponencias sobre su doctrina, muchas de las cuales se publicaron en 10 tomos que abordan diversos artículos y cuestiones.

Quiere decir que 7 siglos después en un Congreso sobre la doctrina de Santo Tomás, se tienen que publicar 10 tomos (cada uno debe tener tranquilamente 700-800 páginas) para recoger algo del pensamiento tomista contemporáneo.

Es un santo... difícil; hay que estudiarlo, reflexionarlo, hay que penetrarlo. A veces él suele ser menos difícil que sus comentadores. A propósito, decía una vez un amigo mío que cuando él leía a Santo Tomás, lo entendía; cuando leía los comentadores, se confundía. .

Yo quisiera señalar dos o tres cosas, referidas al tema de Santo Tomás, y cómo Santo Tomás es para nosotros, no sólo un Doctor de la Iglesia, sino un modelo de santidad; un modelo de actitud frente al misterio de Dios.

En primer lugar, quiero señalar la misión de Santo Tomás, tal como aparece en su biografía, en su vida. Está claro el designio de Dios a la misión que él tenía que cumplir. Y esto aparece claro porque su vida estaba como ordenada para otra cosa. Y el designio de Dios, el llamado de Dios a la misión, es tan evidente que lo obliga a salirse de la programación que tenía su vida a través de la impronta familiar. Estaba destinado, como saben ustedes, a ser un monje; llegar a ser abad del monasterio de Monte Casino.

No hay que olvidar que todavía tiene Europa la estructura socio-política del feudalismo, cuya forma religiosa era la monacal.

Será Santo Domingo el que quebrante este hecho, desde el punto de vista religioso.

Por eso, referido a su misión y a su vocación, tenemos que percibir que Santo Tomás es un fruto de la Orden Dominicana; es un dominico, es un hombre que vive en plenitud el carisma de su Padre Santo Domingo; no es la Orden fruto de Santo Tomás, sino él es fruto de la Orden. Porque antes de Santo Tomás, la Orden ya había dado a San Alberto, su maestro. Y esto ¿por qué? Porque la Orden es elegida para cumplir una nueva misión en esta Europa que se desplomaba -la Europa feudal-, para dar forma a una nueva. La Edad Media había llegado a su plenitud con la fórmula religiosa del monacato. Los Cistercienses, los Benedictinos, San Bernardo, eran los que habían dado ese tono de plenitud a la fórmula misteriosa de encarnar y conformar el Reino en el tiempo y en la historia.

Pero, como el tiempo y la historia tienen como nota dominante el cambio -es una sucesión sucesiva de sucesos, como alguna vez dije-, esa sucesión sucesiva de sucesos obliga a que la Iglesia, a través de la acción del Espíritu Santo conforme el mensaje a los tiempos, y por eso ninguna fórmula agota la respuesta. Sería interesante encarar una historia de la Iglesia desde esta perspectiva. Es decir, viendo cómo la Iglesia, en el curso de los tiempos, busca respuestas, inspirada por el Espíritu Santo. Respuestas que conforman y tratan de instaurar el Reino en medio de una situación histórica específica y especial.

Y ahí se produce un acontecimiento de plenitud, a partir del cual después se va proyectando la gracia carismática de conformación del Reino. Aparece entonces el tono dominante que dan los grandes fundadores. El Padre Lacordaire solía decir que la gracia de fundación es una gracia que raramente Dios daba a los hombres. Hablo de los grandes fundadores, para

que no se equivoquen. San Benito es el Gran fundador del monacato, San Pacomio en Oriente, San Benito en Occidente. Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio y tantos otros.

Aunque la situación histórica después cambie, la gracia fundacional sigue teniendo plenitud en la Iglesia. Por eso nunca dejará de estar presente el monacato y San Benito, aunque la situación histórica requiera otro tipo de respuestas. Son tonos de plenitud, en el Cuerpo Místico de Cristo.

Vayamos ahora a Europa. ¿Qué está ocurriendo en ese siglo XIII? Cae el monacato, se abren las primeras rutas comerciales; aparece por primera vez la moneda, el florín, que origina el surgimiento de centros comerciales importantes -Venecia es un ejemplo-, y al mismo tiempo empiezan a gestarse, en esta nueva idea de Europa, los grandes centros universitarios, las grandes universidades, como Nápoles, Bolonia y París. Se está gestando una nueva Europa. Atraída por el comercio y la apertura de rutas, mucha gente se aglutina en las grandes urbes. Los jóvenes van detrás de los grandes centros universitarios. Es notable cómo las ciudades universitarias como París, Oxford, Nápoles, Bolonia, se transforman en ciudades pobladas de jóvenes que van a estudiar, con todas las consecuencias que esto tenía, como, por ejemplo, el problema de las viviendas estudiantiles.

Roberto de Sorbone funda el primer colegio universitario para recibir estudiantes que van a estudiar a París; de ahí surgirá la Sorbona. En Bolonia he conocido algunos Colegios Universitarios que nacieron sobre el siglo XIV y XV. Aún hoy se mantienen. Por ejemplo, el Colegio Español.

La Europa que empieza a gestarse ya está fuera del Medioevo. Las poblaciones se desplazan, y dejan de vivir alrededor de los monasterios. En este sentido, es notable observar, cuando uno recorre Europa, cómo el monasterio aparece siempre edificado sobre un monte, alrededor del cual se fue generando, protegido por el castillo feudal, la ciudad. Después el crecimiento ha llevado a otro tipo de situación urbana, pero es posible aún

hoy observar la ciudad antigua sostenida por el monasterio y el castillo feudal. Era un modo de integrar el trono y el altar.

Estos desplazamientos provocaron un problema grave de evangelización, porque los monjes que, además tenían voto de residencia, vivían en el monasterio huyendo del mundo. Se refugiaban en el monasterio, tras el "ora et labora", intentando salvarse pero sin poder proyectar una misión evangelizadora fuera del monasterio tal como Europa lo requería por su voto de residencia.

Se produce entonces un problema muy delicado, un grave problema de evangelización, porque extensísimas zonas de la Europa, que ya se habían salido de la influencia de los monasterios, no podían ser evangelizadas. A esto hay que agregar problemas graves de doctrina porque el viejo gnosticismo del siglo II, seguía latente con formas teosóficas orientalistas, de cuño maniqueo, que generaban posturas doctrinales heréticas. Toda la zona del Languedoc, del mediodía de Francia, está tomada por los Cataros, los Albigenses, los Valdences, que eran la forma aristocrática de los Cataros. Aún hoy quedan iglesias Valdenses.

La Europa que se está gestando, ya se ha salido de aquel proyecto de la Cristiandad, acercándose, lentamente, a lo que después será la modernidad.

Es en ese trance histórico, cuando Dios suscita a Santo Domingo. El Santo Patriarca va a cambiar el esquema. Va a fundar una Orden que esté en condiciones de acompañar el proceso que se está gestando. Los frailes ya no estarán en el "ora et labora"; no estarán en el surco y en el culto. Van a tener que estudiar para poder refutar la problemática doctrinal que está surgiendo, quebrantando la unidad de la vida cristiana, y que, poco a poco, se va acercando a los procesos de racionalismo y secularización propios de la modernidad. Por eso Santo Domingo es un Patriarca, porque aparece acompañando este gran proceso histórico, y su carisma no se va a agotar, va a estar siempre, y quizá por la índole propia del carisma de la Orden, sea de

alguna manera inagotable, o siempre necesario, puesto que no está condicionado históricamente, aunque sea fruto de una circunstancia histórica.

Surge la Orden Dominicana con su lema "Veritas", la Verdad, la doctrina, defender la verdad y la doctrina. Como verán es un carisma inagotable.

Y por eso Santo Domingo apunta a los centros universitarios; ahí donde se debate la problemática del hombre. Pedirá que sus frailes tengan iglesias pequeñas, no quiere que se transformen en párrocos o estén en la cosa puramente cultural o más cerca de la vida monástica. Él quiere que los frailes estén dedicados al estudio, a la doctrina, y a evangelizar desde la doctrina. Tiene una visión muy clara de cuál es su carisma, y cómo quiere que sea. Va a proponer una solución a la problemática de la evangelización de Europa que los monasterios no atinan a resolver. Porque hay monjes que dicen: -¿cómo vamos a estar nosotros encerrados en los monasterios mientras el mundo se está perdiendo?- En ese momento quieren dejar los monasterios para salir a enfrentar la herejía. El mismo San Bernardo sale, a pesar de que después vuelve porque quiere defender la vida monástica, pero se da cuenta que históricamente, algo hay que hacer.

La lucha interna en los monasterios es muy grande, porque otros monjes dicen: "Nosotros somos monjes. Hay que quedarse aquí, dentro del monasterio; no podemos salir, nuestra vocación es estar enclaustrados".

El tema no se resuelve. Por otro lado, cuando los monjes intentan llevar adelante algún proyecto de evangelización, lo hacen con su propio esquema. Generalmente los monasterios eran dueños de un gran patrimonio, tenían grandes extensiones de tierras y sus servidumbres. Es claro, cuando se quisieron mover para salir a evangelizar a los herejes, salieron con todos los medios de una gran empresa. Sumaron a los siervos de la gleba, los servidores, sus carruajes, y claro, esto escandalizaba a los herejes. Siempre la herejía aparece como un intento de volver a la iglesia primitiva. Los cataros,

los albigenses intentaban reeditar el estilo de la Iglesia primitiva. Entonces, la pobreza, lo espiritual, las realidades místicas, cobran mayor fuerza. Santo Domingo se incorpora a una de estas expediciones monacales, y cuando se da cuenta que no podía ser, de que así no se podía evangelizar, se aparta, piensa, y funda su propia Orden.

Santo Tomás aparece como fruto de este carisma de la Orden. Y él estaba preparado, por vocación y por herencia, por patrimonio y ancestro familiar, para ser un monje. De suyo, de chico ingresa en el monasterio y cuentan sus biógrafos que cuando lo ponen de oblato, enloquecía a los monjes con una pregunta: -¿quién es Dios?-

Pero Dios lo llama para otra cosa; él ya está destinado para otro tiempo, y otra situación histórica. Las circunstancias de su vida se van dando de manera que cuando él conoce en Nápoles a los Dominicos, que recién se estaban instalando en lo que es hoy el convento de San Domenico Maggiore - todavía se conserva la pequeña capilla que el Obispo de Nápoles le dio a los primeros frailes que fueron ahí para fundar el hoy enorme convento-. Santo Tomás los conoce y decide seguirlos. Ya no tiene ninguna duda, su vocación y su misión aparecen claras. Como monje, no; Dios no lo llama para eso. Y tiene que luchar contra su familia, contra sus hermanos, contra su madre que era terrible. Los frailes lo mandan inmediatamente a París. Durante el viaje intentan secuestrarlo, lo tienen encerrado en una torre, y sucede entonces el famoso hecho de la mujer que le introducen en la torre para tentarlos. Aparece el ángel que lo preserva para siempre del agujón de la carne rodeando su cintura con un cingulo de fuego.

Y es lógico porque él estaba llamado para cumplir una misión que necesitaba tal armonía, en su espíritu y en su intelecto, que no podía estar peleando contra los agujones de la carne. No hubiera podido remontarse a las alturas de la sabiduría como lo hizo.

Santo Tomás es un milagro.

Cada artículo de la Suma es un milagro. Es uno de esos Santos que más están para admirar que para imitar.

El Señor lo ciñe con la virtud de la pureza; de allí ese orden perfecto que Santo Tomás expresa después en su razón.

Llega a París, se forma con San Alberto, y este "buey mudo" como lo llamó su maestro, va a lograr armonizar, en una síntesis perfecta, todas las líneas del pensamiento pagano y cristiano.

Santo Tomás tiene que ser el Santo que nosotros amemos y conozcamos; lo tenemos que leer, leer las buenas biografías, conocer e identificarnos con su doctrina.

El Aquinate marca un tono para nuestro carisma.

Lo primero que tenemos que rescatar es que Santo Tomás fue un hombre de su tiempo, y nosotros tenemos que ser hombres de nuestro tiempo. Hay algunos que se confunden, lo ponen a Santo Tomás en el medioevo; se ponen el hábito de dominico y en vez de ser hombres de su tiempo, como fue el Buey Mudo, son hombres del pasado en el Medioevo, pretendiendo que Santo Tomás sostenga una Iglesia para el medioevo. Por el contrario, por vocación, se adelantó a su época.

Es muy importante leer la carta que Pablo VI les mandó a los dominicos, con motivo del séptimo centenario de la muerte de Santo Tomás, el 7 de mayo de 1974. Hay muchos que se encierran en un Santo Tomás y lo ideologizan, como si fuera un expositor de fórmulas. Además lo codifican, lo ideologizan y lo encierran en un código de frases o de definiciones.

Y ese no es el espíritu de Santo Tomás. Es cierto que él tiene un tono, un discurso teológico-filosófico, que nosotros debemos además conocer y meditar, pero tenemos la obligación de hacer que ese discurso sirva para nuestro tiempo y nuestra situación histórica. A Santo Tomás tengo que conocerlo, tengo que reelaborarlo, para que ilumine mi tiempo.

Esa es una tarea permanente que debemos hacer, a través de la Fraternidad Sacerdotal. Ese es el espíritu de Santo Tomás, y tengo que estudiarlo, pero no como quien se encierra en un mundo del pasado, sino como quien asimilando esos grandes principios puede iluminar la realidad y la situación histórica del mundo contemporáneo.

En esto hay una tarea para hacer, una tarea que no es fácil, y es riesgosa. Más fácil es quedarse con un código de verdades sin asumir el riesgo que se requiere después para que esas verdades iluminen.

Tenemos que ser tomistas en ese sentido; asumir el espíritu de Santo Tomás para iluminar la situación del hombre, y desde ahí confrontar. Pero confrontar con esa grandeza y esa magnanimidad con que lo hacía Santo Tomás.

Yo creo que el mundo de hoy necesita como nunca de esa propuesta de Santo Tomás, pero hay que conformarla a las situaciones, que son muy graves a partir de que nosotros estamos enfrentando una situación histórica, - lo dije alguna vez y lo repito ahora-donde el referente racional ya no interesa. Estamos, como más abajo de Santo Tomás; por eso a veces si planteo todo el tema de Santo Tomás y lo expongo, me quedo sin adversarios. Es como ir a jugar un partido de básquet y no tener un equipo capaz de enfrentarme. Tengo que comenzar más abajo de Santo Tomás. Hay que reformular un lenguaje; hay que volver a nombrar las cosas y hay que subirlas después hasta la razón iluminada por la fe.

Este es un proceso difícil, que algunos grandes discípulos de Santo Tomás lo han hecho, con el riesgo a veces de equivocarse. Y, bueno, señores, si no nos queremos equivocar, salgámonos de la historia. Estoy seguro que no vamos a equivocarnos en el cielo o en el infierno, porque ya vamos a estar definitivamente donde tenemos que estar. Pero mientras no estemos ni en el cielo, ni en el infierno, el riesgo de equivocarnos es atendible. Y hasta forma parte de la dignidad del hombre: la dignidad de equivocarse.

Este es el espíritu del tomismo de nuestra Fraternidad; es un tomismo agresivo, un tomismo inserto e iluminante de la realidad.

Esta es nuestra gran tarea, es la gran tarea de Uds. Tienen que ser los grandes formadores de nuestros laicos. Tenemos que crear una herencia de laicos tomistas; la Argentina tenía y se ha perdido. La Argentina ha dado tomistas laicos, quizá como no se han dado en otros países. Nosotros, en nuestra Fraternidad laical, tenemos que ir creando este espacio para que haya realmente una tradición del pensamiento de Santo Tomás. No se ha podido avanzar mucho en esto, porque faltan quienes lo hagan. El Aquinas fue un buen intento de acercar a laicos al pensamiento de Santo Tomás pero no basta. Nuestra Universidad, si Dios quiere, tendrá que ser ese centro donde este pensamiento tenga un lugar importante y lo promueva. Y ustedes tienen que ser los que en la tarea de formación con los laicos los entusiasmen y los hagan conocer y amar a nuestro patrono Santo Tomás, porque detrás de este espíritu está nuestra misión. Y el día en que nosotros traicionemos este espíritu nos quedaremos sin misión, como les ha pasado a algunos en la Iglesia.

Aquí hay un espíritu, y por él viene la participación en el carisma dominicano. La orden es muy grande, muy vasta, es una orden universal, tiene misioneros, tiene contemplativos. Nosotros de ese carisma vasto y universal que da a Santo Tomás, y también a San Martín de Porres, de ese carisma vasto queremos participar en el espíritu de Santo Tomás. Por eso el sacerdote de FASTA tiene que ser un hombre de estudio, porque para amar y conocer a Santo Tomás, hay que tener hábito de reflexión. El sacerdote de FASTA tiene que ser un hombre que ama a la sabiduría, a la verdad y detrás de Santo Tomás, configura su propia vocación personal. No simplemente para dar un examen, sino que, lo ama, lo reflexiona, lo lee, lo contempla. El estudio sistemático los va a ir ayudando a acercarse a esta participación a

partir de la cual hay un espíritu que rescatar, una vocación que afirmar y una misión que asumir.

Nuestra Fraternidad tiene que ser un espacio donde esté siempre vivo el pensamiento de Santo Tomás, y eso depende del amor con que nosotros asumamos, estudiemos y profundicemos a este Santo Doctor.

Pidámosle al Señor que Santo Tomás nos dé la gracia de comprender lo que enseñó y de imitar sus ejemplos. Y que eso sea para nosotros, una gracia fundacional, que la Fraternidad nunca la pueda quebrantar sin sentir que está traicionando su carisma y su lugar en la Iglesia.

Que así sea.

Santo Tomás de Aquino, el más santo de los sabios y el más sabio
de los santos

Tanto en su vida espiritual como en el ámbito de su sabiduría, Santo Tomás es un prodigio de la gracia de Dios. Por eso tiene el lugar que tiene en la Iglesia. Hay santos que están más cerca de la realidad humana de los fieles. El está en una situación paradigmática. Es de esos santos que son más para admirar que para imitar. Si ustedes me preguntan cuál es el tono que enriquece nuestro carisma sacerdotal desde Santo Tomás, les diría que es la vocación por la sabiduría, eso es lo dominante en Santo Tomás. La vocación por la sabiduría adquirida a partir de la vida virtuosa y como don del Espíritu Santo. Santo Tomás apunta a la sabiduría y el camino que asume para alcanzarla es la virtud. Ahí está, pues, el modelo posible para todos nosotros. Pero la sabiduría de Santo Tomás posee sus características desde el punto de vista subjetivo y desde el punto de vista objetivo.

Desde el punto de vista subjetivo la sabiduría que Santo Tomás adquiere, le da una marcada consistencia en la fe. Santo Tomás no tiene quebrantos en su fe, una solidez profunda en la fe y, al mismo tiempo, una coherencia en su razón. En la solidez de la fe y en su coherencia racional es donde se va a gestar esta sabiduría. Al mismo tiempo tiene un discernimiento sapiencial de las cosas, de todas las cosas. Solidez en la fe, coherencia en la razón, discernimiento sapiencial de las cosas hasta llegar a las últimas y primerísimas causas, iluminadas en el sentido de la sabiduría metafísica, pero para verlas también desde el misterio iluminante de la revelación de Dios, en el sentido de la sabiduría infusa por el Espíritu Santo. Este es el marco donde se mueve Santo Tomás. Y esto se enriquece con una amplísima erudición que le hace conocer, con su prodigiosa inteligencia, toda la antigüedad pagana, la antigüedad cristiana y la realidad

de su tiempo. Una erudición amplísima, que al mismo tiempo le permite encontrar respuestas a los reclamos de la fe y la razón. La erudición no lo saca de la solidez de su fe y de la fidelidad profunda a la tradición, recibida como antigüedad cristiana.

Esa es la maravilla de Santo Tomás: por un lado una apertura al progreso de las cosas que él va percibiendo en su tiempo, y al mismo tiempo una fidelidad a la tradición de la Iglesia, buscando siempre, desde la solidez de la fe, la coherencia con la razón.

Esta es la actitud sapiencial de Santo Tomás y a partir de aquí podríamos desplegar las diversas facetas de las sabidurías que él integra: la sabiduría metafísica por un lado, con su deslumbramiento frente al ser y al mismo tiempo su confianza en la razón para alcanzar el conocimiento del ser; por otro lado la solidez de la fe con su deslumbramiento frente al misterio de Dios. Señalará que él aprendió más de Dios en la oración que en el estudio. Sentido de adoración, de actitud religiosa para encontrarse con la sabiduría revelada, no simplemente erudita. Santo Tomás está movido desde muy pequeño por un apetito de verdad: ¿Quién es Dios?, ¿quién es Dios? Ese apetito de verdad le hará decir después que, en orden a la sabiduría humana, metafísica, el objeto de la filosofía no es conocer lo que piensan los hombres sino cuál es la verdad de las cosas. Con lo cual se derrumban todas las filosofías modernas. ¿Cuál es la verdad? Respondiendo al apetito de verdad, recorre los caminos de la sabiduría: solidez de la fe, coherencia de la razón, discernimiento sapiencial, amplitud de erudición y vida virtuosa. La virtud como objetivo.

Creo que este es un camino válido para todos nosotros. ¿Por qué Santo Tomás alcanza estos niveles? Porque es un hombre virtuoso, tanto en la dimensión de las virtudes naturales como en la dimensión de la vida

sobrenatural. Es un modelo de virtud, tanto en lo intelectual como en lo moral; en lo natural como en lo sobrenatural.

Creo que ese debiera ser el legado que Santo Tomás nos deja a cada uno de nosotros. Cuando se dice “soy tomista” no solamente se quiere significar que se pertenece conceptualmente a una escuela de pensamiento teológico y filosófico. Para nosotros, ser tomista significa tener abierta nuestra interioridad a la vocación por la sabiduría. Más que la adhesión a una escuela, donde se afirma la composición real en el ente de esencia y de acto de ser que forma parte de una elaboración científica especulativa, para nosotros como sacerdotes es más que eso -y sin negarlo-, adherirnos a Santo Tomás significa abrir nuestra interioridad a la vocación por la sabiduría y estar dispuestos a ser hombres que quieren cultivar la sabiduría, y esto en el nivel que el Señor nos ha dado a cada uno, según los misterios de la Providencia. Ninguno de nosotros es Santo Tomás. Santo Tomás es uno solo, es un modelo para admirar en la Iglesia, es un paradigma de la Iglesia; pero desde ese paradigma, desde ese modelo rescato la vocación por la verdad, que hace de Santo Tomás un sabio. Y esta vocación de sabiduría es para todos nosotros. Eso es posible hacerlo.

Y ¿cómo se cultiva la vocación por la sabiduría?: Por la virtud. No hay otro camino. Por los actos virtuosos de la inteligencia, los actos virtuosos de la voluntad, se va cultivando y se va dando esa amplitud al espíritu, para llegar a comprender, a ejercitar la penetración de la verdad, del ser. La contemplación del orden de las cosas creadas, y al mismo tiempo el cultivo de la vida sobrenatural. Solidez en la fe, despliegue de las virtudes teologales, percepción, a través de los dones del Espíritu Santo, más allá de la razón, del misterio de Dios. De ahí el discernimiento sapiencial de la propia vida espiritual como sacerdote, de la palabra de Dios, de la vida espiritual de los demás; la presencia de Dios, el misterio de

Dios. Santo Tomás cuando le escribe al hermano Juan y le hace sus recomendaciones, le dice que hay que ser hombre de silencio, de rectitud de conciencia, que hay que escapar de la curiosidad, del estar permanentemente volcado hacia afuera. La vocación sacerdotal requiere, y esto de joven hay que cultivarlo, vida de interioridad, de silencio, que en el caso del sacerdote de FASTA no es silencio monacal, no es silencio del monje que tiene otras características, pero sí es la capacidad de la inteligencia para no dejarse motivar por cualquier viento de doctrina, buscando siempre la integración de la razón frente a las exigencias de la fe. Necesito ese silencio del espíritu, que es de adentro, no de afuera. Por supuesto que el silencio de afuera ayuda al silencio de adentro, es indudable. Pero quiero decir que un sacerdote de FASTA que está convocado a la misión, tiene que buscar los modos para encontrar ese silencio donde se afirma siempre la solidez de la fe con la coherencia de la razón, y desde ahí se cultiva la sabiduría.

El sacerdote de FASTA tiene que tener siempre discernimiento sapiencial: en el nivel de la doctrina, en el nivel de la vida moral, en el nivel de la lectura de las realidades; tiene que estar siempre dispuesto a leer desde una cierta eminencia la realidad de las cosas. Si está esclavizado, tironeado, partido en las tensiones de las cosas, pierde la solidez de la fe, la coherencia de la razón y se quebranta su interioridad.

En la fiesta de Santo Tomás tenemos que pedirle que le dé a nuestra Fraternidad, a toda la Fraternidad y a los sacerdotes de FASTA la vocación por la verdad que se hace finalmente sabiduría; por el cultivo de la virtud se va haciendo sabiduría. No digo que esto se logre inmediatamente pero es un camino que hay que transitar.

El sacerdote de FASTA nunca está desocupado. Siempre está ocupado en las cosas de Dios. El apetito de verdad le va cultivando su

espacio de interioridad, espacio sapiencial, donde con los años, va sintiendo el gusto y el re-gusto de la meditación, de la reflexión, del discernimiento del misterio de Dios y va así creciendo en la sabiduría metafísica, la sabiduría teológica, la sabiduría de la vida teologal y la sabiduría del Espíritu Santo.

Este es el modelo que nos deja Santo Tomás. Él lo logró en grado eximio y paradigmático, y nos señala a todos los que de alguna manera queremos tenerlo a Santo Tomás como patrono, un camino posible desde donde podemos realizar nuestra vocación. No olvidemos que Santo Tomás forma parte de nuestro carisma.

Espiritualidad y doctrina

En la festividad de nuestro patrono Santo Tomás de Aquino, en la oración de la Misa, la Iglesia resalta la dedicación de Santo Tomás a la doctrina y esto no es nada más que un modo de expresar lo propio de la espiritualidad dominicana. No es la Orden ni su espiritualidad fruto de Santo Tomás, sino que Santo Tomás es fruto de la Orden, de modo que la vocación por lo doctrinal está en el origen mismo de la fundación de la Orden. No podemos olvidar que una de las originalidades que más destacan los historiadores en la Edad Media en la fundación de la Orden Dominicana es que Santo Domingo retiene lo esencial del viejo patrimonio monástico de la Iglesia y lo modifica para ponerlo al servicio de una nueva época que comienza a gestarse en la Europa del fin del feudalismo. Reemplaza aquella dedicación que los monjes tenían, y siguen teniendo, a las labores domésticas, a las labores del campo, y al trabajo, por el estudio. El “*ora et labora*” de San Benito, Santo Domingo lo transforma en “*studia*”.

“*Studium*”, esto es lo original de Santo Domingo, porque en el momento en que se está desplomando el feudalismo y está comenzando la alta Edad Media, están apareciendo, en la nueva Europa que se está gestando, las herejías. Las herejías están socavando la relación de la fe y de la razón. De tal manera podemos decir que, en la génesis misma de la Orden Dominicana está un definido y claro intelectualismo desde el cual se afirma la relación entre la fe y la razón. Por intelectualismo queremos significar, en primer lugar, la prioridad que la Orden le va a dar a lo doctrinal, y que la oración de la Misa lo señala en Santo Tomás: su dedicación a la doctrina. También estamos mostrando la contradicción que se da entre el nivel de la inteligencia, y el nivel del sentimiento o de la pasión; queremos entonces afirmar que en la espiritualidad de la Orden

Dominicana, tiene prioridad la razón sobre cualquier sentimentalismo. También podríamos entender que la Orden tiene una marcada espiritualidad intelectual porque prioriza, desde el punto de vista gnoseológico, el mundo de la inteligencia, sobre el mundo de la voluntad, sobre el voluntarismo. Esto es muy importante; se trata de un dato histórico que podemos constatar: la separación de la fe de la razón lleva al voluntarismo. Resulta necesario, en consecuencia, establecer en sus rasgos esenciales, que entendemos por intelectualismo, y esto, en el marco de la espiritualidad a la que venimos aduciendo.

Estamos hablando de la inteligencia iluminada por la fe. Santo Tomás va a ser el gran teólogo que va a lograr unir la fe y la razón, iluminando desde la luz revelada de Dios todo el orden de la naturaleza e integrándolo con la gracia. El gran aporte de Santo Tomás es ese. Cualquier intento que busque conciliar naturaleza y gracia, fe y razón, Dios y mundo, se tiene que encontrar con Santo Tomás, porque nadie ha logrado sistematizar doctrinalmente este encuentro de manera más acabada. Este encuentro armonioso queda quebrado a partir de la reforma protestante con Lutero y el racionalismo cartesiano, que son las dos grandes vertientes de la modernidad y por eso, el gran intento de Juan Pablo II es volver a restaurar la relación armoniosa de la *“fides”* y la *“ratio”*, que fue el gran legado de Santo Tomás.

Santo Tomás integra la fe con la razón y hace que el tono espiritual doctrinal de la Orden y el nuestro en FASTA, esté directamente vinculado con la dimensión de la inteligencia. En primer lugar, porque Santo Tomás ve en la inteligencia, que es la facultad depositaria del objeto de la fe -la fe descansa en la inteligencia- por un lado el acto de adhesión a la verdad revelada, y en este acto de adhesión, desde la teología de Santo Tomás, está incorporada la voluntad. Pero observen ustedes que, en el acto de adhesión

está incorporada la voluntad, porque frente al objeto de fe, la inteligencia no tiene evidencia, ya que el objeto de fe es inevidente; “*fides est de non visis*”, trata de lo que no se ve, y la inteligencia adhiere cuando ve. Si la inteligencia no ve, no adhiere; entonces hay un movimiento de la inteligencia hacia la Revelación, pero hay también un movimiento de la gracia hacia el hombre para que finalmente, sin tener evidencia, pero teniendo certeza del testimonio divino, pueda adherir. El acto de adhesión, ya no es propio de la inteligencia, porque la inteligencia no tiene evidencia frente a la verdad revelada y entonces es acto de la voluntad. Ese acto de la voluntad que me hace creer es una gracia de Dios. Por eso decimos que la fe es una virtud que me regala Dios. Si el hombre quisiera creer desde la pura inteligencia no podría, porque la inteligencia no tiene la evidencia necesaria para dar la adhesión. Tiene que venir la gracia de Dios sobre su voluntad y hacer que pase del juicio deliberativo al acto de querer creer, que pase del creer a Dios, al creer por Dios, o como se lo expresa en las fórmulas teológicas antiguas, “*Credere Deum, credere Deo*”. Son dos cosas distintas: *credere Deum* (creer a Dios), es la actitud deliberativa de la inteligencia dispuesta a creer, algunos hablan de los “*preambula fidei*”: los signos, los acontecimientos, las lecturas que aparecen y que disponen al acto de fe, para pasar del juicio al “querer creer”. Ese “querer creer” es una gracia de Dios. Dios empuja la voluntad y por eso hay que darle gracias a Dios por la fe, nadie puede presumir que cree porque quiere creer; cree porque Dios le hace creer. ¡Qué maravilla!

Aquí aparece otra característica importante de la espiritualidad dominicana, que es la prioridad de Dios sobre el hombre. En la modernidad esta ecuación se ha ido desvirtuando, y hoy aparece como prioritario el hombre entendido como un sujeto autónomo fruto del subjetivismo racionalista de la modernidad. Inclusive en cierta espiritualidad cristiana el hombre y la libertad aparecen como prioritarios sobre Dios -cosa que trae

algunos problemas de los cuales no voy a hablar ahora, pero sí marco el tema-. En la espiritualidad dominicana, en la espiritualidad de Santo Tomás, Dios tiene prioridad porque la gracia tiene prioridad. Porque el acto de fe es una gracia que infunde Dios -esto es muy importante porque permite salir de la dialéctica de voluntad e inteligencia-, el acto de voluntad está incorporado al acto mismo de fe, que es acto de la inteligencia y de la voluntad que está movida por la gracia de Dios. A partir de allí el cristiano que recibe la luz de la Revelación tiene la posibilidad de adherir a la verdad revelada desde la propia debilidad de su inteligencia.

La Iglesia, los apóstoles, que han recibido esta Revelación, la van expresando a través de fórmulas, de proposiciones, porque nadie tiene una inteligencia capaz de poder percibir todo el misterio de la Revelación en un solo acto de la inteligencia. La Iglesia va desmenuzando esta luz en proposiciones: creo en Dios, Padre Omnipotente; en Jesucristo; en la Virgen, en el Espíritu Santo, en el perdón de los pecados. Son las proposiciones que están adecuadas a la debilidad de la inteligencia para que el hombre pueda asentir, y decir: “creo”. ¿Qué creo? Eso, en Dios, en la Virgen, en la Iglesia, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la vida eterna, todo eso creo. Esas son las fórmulas en las cuales la Iglesia desmenuza la luz de la Revelación. Entonces estoy en condiciones, desde la debilidad de mi inteligencia, de poder adherir a estas proposiciones e incorporarlas como adhesión a mi espíritu.

Tengo este primer acto, que es acto que empieza en la voluntad pero que se vuelve sobre la inteligencia, porque veo, veo esta luz de la Revelación y veo el misterio que se me revela, y entonces adhiero, no tengo evidencia, pero tengo certeza. La certeza que me da la gracia de Dios, para poder estar adherido a esta verdad, y que no me la puede quitar ni siquiera la muerte. El martirio es no querer salir de esa verdad. De tal manera estoy

adherido, que no estoy dispuesto a renunciar a esa verdad, hasta la muerte. No hay ninguna verdad científica que tenga la fuerza de esa adhesión. Santo Tomás en la “secunda secundae” de la Suma Teológica compara la certeza de la fe con la certeza humana, mostrando cómo la certeza de la fe es superior porque es certeza en la causa. La gracia de Dios nos hace creer, y nos da esa inalterable adhesión. Si miramos el tema únicamente desde la adhesión, no percibiríamos toda la dimensión con que Santo Tomás viene a iluminar la inteligencia de la fe. La inteligencia es arrebatada por la verdad de la Revelación; toda la estructura psicológica del acto de fe es tocada por la Revelación, y entonces, la inteligencia es motivada, estimulada a indagar. La inteligencia quiere indagar el misterio sin poner en peligro la adhesión. Estando fija la adhesión, se mueve la estructura psicológica para penetrar en el misterio. Santo Tomás comenta esta definición maravillosa de San Agustín cuando dice que la fe es “*cum assensione cogitare*”. *Cum assensione*, adhesión inamovible, pero al mismo tiempo la adhesión motiva, a modo de desafío, a modo de perplejidad, a modo de indagación, a la inteligencia que entonces indaga en el misterio. Aquí aparece la dimensión doctrinal de la espiritualidad dominicana y del pensamiento de Santo Tomás. La inteligencia de la fe, no es sólo adhesión, sino que es además, indagación. Es penetración del misterio, y esta indagación y penetración del Misterio no es sólo un hecho intelectual, también está presente en la dimensión de lo profético y la dimensión de lo místico, es decir de lo empírico y de lo afectivo, y ahí se integran la inteligencia con la voluntad.

Tratemos de sintetizar por dónde camina Santo Tomás. Es como si la luz de la Revelación fuera participada, en diversos grados y formas, desde los ángeles hasta el hombre y en el hombre de diversos modos. Porque una es la participación de la luz de la gloria en el cielo, donde la adhesión al “*lumen gloriae*” es inmediata, evidente y plena. Después se va participando

en diversos modos de conocimiento. Así el conocimiento profético, que Santo Tomás señala que es un conocimiento especulativo y no evidente, distinto de la visión de la gloria que es especulativa y evidente. El conocimiento profético es un anuncio, una analogía, una metáfora que devela el misterio; el conocimiento místico es un conocimiento empírico y afectivo; y el conocimiento de los dones del Espíritu Santo que es un conocimiento supraintelectual, porque es Dios que actúa con los dones y no son las virtudes humanas ni la razón las que actúan. Ahí se alcanza el don de la sabiduría como culminación del conocimiento empírico y místico. Finalmente, el conocimiento teológico, que es mediatamente evidente, porque se lo recibe por la fe pero opera con la razón.

Cuando la oración de la misa en la solemnidad de Santo Tomás, pone en evidencia la dedicación de Santo Tomás a la doctrina, la Iglesia nos quiere decir que Santo Tomás ha desplegado, en una dimensión de excelencia no superada, estos modos diversos de acercarse al misterio desde la adhesión pura e inamovible de la fe. A partir de ahí, por la indagación de la estructura psicológica del acto de fe, se va a ir penetrando en el conocimiento profético, en el conocimiento místico, en los dones del Espíritu Santo, en la teología. Este es el maravilloso escenario que se abre a nuestro espíritu para crecer en la espiritualidad dominicana. Por eso para nosotros el estudio no es simplemente un pasatiempo más o menos molesto que tengo que hacer para dar un examen. El *studium*, forma parte irrenunciable de mi propia vocación y espiritualidad, porque con él cualifico el estilo, el modo de espiritualidad doctrinal que es propio de la Orden y que nosotros participamos en nuestra Fraternidad.

Pidamos a Santo Tomás, nuestro Patrono, que nos dé la gracia del *studium*. *Studium*, que acerca a la contemplación. Contemplación que,

desde el sentir de Santo Tomás, es también un acto de la inteligencia, es la plenitud religiosa de la visión, y que termina en la vida eterna.

Que Santo Tomás nos ayude a que este tono esté presente siempre en la vida de FASTA, tanto en sus sacerdotes, que son los responsables de mantener el fuego sagrado, como en sus laicos, que lo participan de acuerdo a la propia vocación laical que el Señor les dio. Que Santo Tomás haga posible esta maravillosa gracia que nos ha dado al hacernos participar del patrimonio de la espiritualidad doctrinal de la Orden Dominicana.

Santo Tomás de Aquino modelo de vida espiritual

Celebramos la fiesta de este Santo excepcional de la Iglesia de Dios, llamado el “Ángel de las escuelas”, a quien Dios le concedió, en mayor medida que a ningún otro hombre en la tierra, la gracia de la Sabiduría Divina.

Frecuentemente se lo atiende a Santo Tomás desde la perspectiva intelectual, y está bien, pero muchas veces se deja de lado que también Santo Tomás es un modelo espiritual. Es cierto que su vida no está jalonada por un itinerario espiritual personal que podamos conocer detalladamente, no conocemos sino algunos datos que muestran la extraordinaria comunicación con Dios de su santidad. Distinto de otros santos de los cuales se puede percibir con claridad cómo fue su itinerario espiritual, por ejemplo San Juan de la Cruz, entre otros, o San Francisco de Sales, que escribe un tratado espiritual, y tantos otros santos que se han dedicado, de modo especial a desarrollar la experiencia espiritual del misterio de Dios en sus vidas. De todos modos podemos decir que en Santo Tomás hay algunas notas de su biografía que muestran el nivel de su santidad.

Desde pequeñito, desde sus comienzos, como oblato benedictino, cuentan sus biógrafos, que su gran pregunta era: “¿Quién es Dios?”, “¿Quién es Dios?”, “¿Quién es Dios?”. Era un niño insoportable porque me imagino los problemas que le causaría a aquellos monjes del monasterio de Montecasino, con esta pregunta que no todos estarían en condiciones de contestársela correctamente y que por otro lado él, con la calidad y desarrollo de su inteligencia no se iba a quedar tranquilo con cualquier respuesta. “¿Quién es Dios?”, es la pregunta que le acompañó sin interrupciones desde su niñez de oblato benedictino hasta el arrobamiento místico de su éxtasis que finalmente lo enmudeció frente a la revelación del

misterio. Porque la respuesta se la da el mismo Señor, cuando tiene esa visión final en su vida, después de la cual enmudece y su secretario, Fray Reginaldo de Piperno, preocupado por este enmudecimiento de Santo Tomás, que no quería escribir, lo trataba de motivar y él, como única respuesta le dice que después de lo que vio ya todo lo que ha escrito le parece paja. Imagínense a qué quedan reducidas las cosas que escribimos nosotros.

Este fue el final de su vida; un arrebató místico, que quedaría finalmente confirmado con la agonía final en el Monasterio Cisterciense de Fossanova. El Papa lo convoca al concilio de Lyon, y enfermo y todo no quiere de ninguna manera dispensarse. La enfermedad empieza después del arrobó místico; tanto es así que su hermana muy preocupada, en los últimos meses de 1373, lo manda a llamar para que vaya a descansar a su castillo y él acepta y se va a pasar las últimas navidades al castillo de su hermana. Pero tiene un accidente en el viaje, parece que se lleva una rama por delante, llega enfermo a la casa de su hermana, pasa las navidades ahí; está un tiempo con ella y después se vuelve para ir al Concilio de Lyon. Muere en el camino. Recogido por los Cistercienses en la Abadía de Fossanova les deja de herencia el comentario al Cantar de los Cantares, que en el conjunto de los libros sagrados del Antiguo Testamento, la Iglesia lo ha asumido siempre con el lenguaje del amor nupcial, como analogía del amor de Dios por nosotros, de la comunión de Dios con nosotros.

Hay también otros datos que manifiestan la presencia de Dios durante su vida, por ejemplo la aparición del Ángel que lo circunda con un cingulo en la torre, a partir del cual Santo Tomás nunca más va a tener desórdenes de concupiscencias. Claro, por la ordenación perfecta de su unidad substancial de cuerpo y alma, se explica la capacidad profunda para penetrar la Verdad y la Revelación de Dios. Pienso que no sólo fue una

gracia de ordenación psicosomática, sino también una gracia de iluminación. Dios le ha infundido la gracia de la luz de la Revelación. Hay un Papa que dice que cada artículo de la Suma es un milagro; otro Papa señala que es imposible explicarse desde la capacidad puramente intelectual y humana, como en un escritor que ha desarrollado tantos temas, -la Suma Teológica, tiene más de diez mil artículos-, de tan elevada consideración, desde tan diversas perspectivas nunca se ha encontrado en su pensamiento una contradicción. Esto es evidentemente una iluminación especial de Dios. De manera que también podemos considerar como una experiencia mística la preservación de su ordenación espiritual a través del Ángel, que le coloca el cingulo en la torre aquella famosa. El Papa Urbano IV, le encarga la composición del Oficio Divino de la fiesta de Corpus Christi, cuando Santo Tomás integra el conjunto de los teólogos de la corte papal. En estos himnos se percibe la fineza espiritual con que Santo Tomás ha vivido su espiritualidad eucarística. Por eso, la puede expresar en una poesía. No lo expresa en un discurso racional, sino que lo expresa como poesía, que es expresión de esa experiencia espiritual que él ha vivido. Surge entonces el “*Adoro te devote, latens Deitas*”, “Te adoro con fervor, Deidad oculta”, es una maravilla. Los himnos eucarísticos son una maravilla de experiencia espiritual. Algunos biógrafos también cuentan que, de regreso a Nápoles, en el convento donde él se inició como fraile, en la pequeña capilla de San Nicolás, celebraba una misa y ayudaba otra. En esa época no había concelebraciones, entonces Santo Tomás siempre celebraba una misa y después humildemente ayudaba en otra misa a otro sacerdote que celebraba, lo cual muestra su amor al Santo Sacrificio de la Misa.

Cuentan que tuvo algunos raptos místicos. Lo vieron una vez elevado sobre la capilla del Convento de Santo Domingo, *San Domenico Maggiore*, en el Convento de los dominicos de Nápoles. Estaba elevado en la capilla.

En esa Iglesia está el Cristo que le habló a Santo Tomás y le dijo: “*Bene Scripsisti de me, Thomae*”, “has escrito bien de mí Tomás”, “¿Qué quieres de mí?” “Sólo a ti, Señor. Sólo a ti”

Este “sólo a ti”, expresa un arrebató místico profundo, fruto de la santidad de comunión de vida que él vivía con el Señor. No podemos decir que tenemos un tratado sistemático de vida espiritual escrito por Santo Tomás. En sus comentarios a las Escrituras es donde más aparecen estos aspectos espirituales. Podemos afirmar sin embargo que la Suma Teológica es la manifestación más acabada de la espiritualidad de Santo Tomás, desde el modo cómo Santo Tomás concibe la espiritualidad cristiana y las tres partes en la que está dividida la Suma Teológica. Pero de esto les voy a hablar mañana, porque si no se va a hacer muy tarde.

Entonces vamos a hacer una reflexión sobre Santo Tomás en varias homilías. En la primera, hemos visto algunos aspectos místicos de la santidad del Santo Doctor. Mañana vamos a detenernos a considerar de qué modo la Suma Teológica fundamenta un proyecto de vida espiritual, tal como lo concibe Santo Tomás.

Pidámosle a Santo Tomás que nos haga fieles a su doctrina e imitémosle como modelo de vida, porque hay muchos tomistas que estudian la doctrina de Santo Tomás pero no imitan su vida, la santidad de su vida. Por eso la Suma puede ser el método con el cual podemos admirar su doctrina y saber el camino que tenemos para imitar su vida.

Que así sea.

La Suma Teológica como derrotero de la santidad

Santo Tomás de Aquino es maestro y modelo de vida espiritual y a través de sus escritos, y fundamentalmente sus comentarios a las Sagradas Escrituras, aparece toda la riqueza de su enseñanza espiritual. Pero también la Suma Teológica expresa esta concepción espiritual de Santo Tomás que va a especificar la espiritualidad dominicana, la espiritualidad propia de la Orden, de la cual nosotros participamos.

Cuando hablamos de “vida espiritual”, queremos señalar con esta expresión, esa realidad transfigurante, transformante, que produce la presencia de Dios en nuestras almas, esa comunión misteriosa con el Señor, esa realidad a partir de la cual somos morada de Dios según lo señala el evangelista San Juan: “El que me ama cumple mis mandamientos y mi Padre y yo vendremos a él y en él haremos morada”. Y en el lenguaje paulino se habla de que somos templos del Espíritu Santo. En todos los casos, expresado de un modo o de otro, lo que queda claro es que hay un plan, un designio divino que también lo expresa Pablo con toda claridad en la Epístola de los Efesios, hay un designio divino por el cual Dios quiere estar en comunión con nosotros. Dios quiere, por eso Él es el primero y Él toma la iniciativa para que pueda darse nuestra comunión con Dios, de lo contrario Dios no pasaría de ser una idea, un concepto, al cual nos podríamos aproximar con el discurso racional o con los sentimientos, pero Dios siempre permanecería distante y distinto. Acá lo que ocurre es que Dios, siendo trascendente, distante y distinto sin embargo, viene a habitar en nosotros, para que nosotros, teniendo con medida y con semejanza lo que Dios es y tiene por naturaleza, podamos estar en comunión y en comunicación con él. Dios se hace de esta manera lo más simple, lo más entrañable, lo más hondo de nuestra propia realidad existencial; es más

íntimo a nosotros que nosotros mismos. Esta sería la descripción de lo que significa la vida espiritual, y si decimos vida espiritual estamos señalando, por parte del hombre, la capacidad que tiene para ejercitar actos que son vitales, es decir, concientes y libres, por eso es vida espiritual; y estos actos vitales, es decir, concientes y libres, son vitales porque en su realización expresan la autonomía de acción que el hombre tiene desde su espíritu, por eso hablamos de vida.

Esta espiritualidad tiene en Santo Tomás un derrotero, un itinerario. Podríamos señalar que Santo Tomás marca en la Suma Teológica las características y rasgos constitutivos de ese itinerario. El otro día conversábamos un poco de esto. Los caracteres como ya les advertí, no surgen de un compendio de vida espiritual. Santo Tomás no lo ha elaborado así, surgen del modo como Santo Tomás sistematiza la Sagrada Doctrina, la Teología; y unido a los ejemplos que sus biógrafos nos muestran de los aspectos de su vida mística y de su santidad, podemos decir con toda claridad y certeza, que Santo Tomás era un santo; que tenía una profunda vida espiritual, y que las notas de esa espiritualidad encuentran sus registros definidos en la Suma Teológica. Como ustedes saben la Suma Teológica está dividida en tres partes. Para ser precisos, la primera, la segunda y la tercera.

La primera parte Santo Tomás la dedica al estudio de Dios, Uno y Trino. La segunda parte la dedica a lo que él llama el *reditus*, el retorno; en su introducción, habla del *reditus* del hombre a Dios, es decir, la vuelta. Es la teología moral que divide en dos partes: la primera y la segunda, de la segunda parte. En la tercera parte se ocupa de los medios para poder realizar este *reditus*, este retorno a Dios y ahí aparece entonces el tratado de la encarnación del Verbo de Dios, la Eclesiología -en germen- y los Sacramentos.

¿Por qué empieza la Suma Teológica con el Tratado de Dios? Al comenzar la Suma Teológica con el Tratado de Dios, Santo Tomás está mostrando que una característica de la vida espiritual es la prioridad de Dios. El proyecto salvífico viene de Dios y Dios es el que nos amó primero y este designio de comunión con Dios tiene prioridad en Dios. Dios tiene prioridad en este designio, pero también Santo Tomás nos marca la prioridad de la inteligencia sobre la voluntad, porque antes de manifestarnos cuál es el camino que hay que recorrer para ir a Dios, nos muestra quien es Dios. Este es el interrogante que a modo de llama sagrada le acompañará desde la infancia hasta la muerte. Movidio por esta cuestión capital despliega todo el misterio de la Revelación de Dios; Dios Uno y Dios Trino, y todo el misterio insondable de la Trinidad. Quizás uno de los tratados más exquisitos teológicamente hablando, sea el Tratado de Dios Uno y Trino de Santo Tomás. Ahí está, asombrando a la inteligencia, este Dios Uno y Trino que nos va a transfigurar. Ahí empieza la segunda parte, donde se muestra que este Dios de la Revelación es el fin último del hombre.

Pero ¿cómo lo descubro a Dios, a este Dios de la Revelación?, ¿cómo lo penetro?, ¿cómo lo conozco? Con mi inteligencia, con la fe. Entonces la prioridad teocéntrica de mi santidad y de mi vida espiritual queda manifestada a partir de este comienzo de la Sagrada Doctrina, con la revelación del misterio de Dios. Salgo de Dios porque es mi creador y vuelvo a Dios, esa es la vida espiritual.

Entonces mi inteligencia, iluminada por la fe, penetra el misterio, lo recibe al misterio, adhiere al misterio, y allí viene el otro aspecto importante, que Santo Tomás lo va a desarrollar en su tratado de la fe. Como la fe es “de non visis” de lo que no se ve y, consecuentemente, no tiene evidencia, el acto, la adhesión al objeto de la fe, al deslumbre de la

Revelación, de este Dios Uno y Trino, no viene por vía de la misma inteligencia. La inteligencia no tiene evidencia y consecuentemente, si no tiene evidencia, no puede moverme a la adhesión. La adhesión es un acto de la voluntad, es una gracia de Dios. Ahí se integran, por un lado, la inteligencia iluminada por la fe, que recibe el resplandor luminoso de la Revelación del misterio de Dios, y la voluntad, que es empujada por Dios para querer creer. Querer creer, creer en Dios, creer a Dios, creer por Dios. El objeto de la fe es Dios, el motivo de la fe es Dios, la causa de la fe es Dios.

En la vida espiritual Santo Tomás marca esta característica a partir de la Suma Teológica. Es una espiritualidad *teocéntrica*, fundada en el misterio del Dios Uno y Trino, es el don increado del misterio Divino que se nos entrega como gracia, como don creado. Es una espiritualidad teocéntrica, que se inicia y concluye en la experiencia viviente del Misterio de Dios, al cual adhiero por la fe y por la gracia divina desde la cual y por la cual Dios me recrea transfigurándome. Cuando digo por gracia de Dios es porque Dios me empuja la voluntad a la adhesión, y voy a terminar en Dios como Luz Increada, infinita en el cielo, en el *lumen gloriae*. Es una espiritualidad teocéntrica en cuanto al punto de partida y en cuanto al punto de llegada; teocéntrica, de manera que nuestra espiritualidad está apoyada en la fe y está sostenida por la inteligencia.

Santo Tomás le asigna a la inteligencia la capacidad de poder ser sobreelevada y poder estar abierta a esta dimensión que es supraintelectual. Lejos de reducir el misterio de Dios a un hecho irracional, como después querrán algunas espiritualidades inspiradas en el protestantismo y en la línea de Sören Kierkegaard, lejos de renunciar al esplendor de la inteligencia y de la razón, Santo Tomás rescata la inteligencia. Esta es la segunda característica de la espiritualidad de Santo Tomás, rescata la

inteligencia, tiene capacidad *ad omnia*, tiene una capacidad de conocer, de penetrar la verdad y este apetito de verdad no se satura sino con el esplendor del misterio de Dios. Pero para que pueda disponerse a este acto supraintelectual necesita del hábito de la fe. Esto es importante porque hoy hay muchas espiritualidades, que transitan por la Iglesia, que dejan de lado la dimensión de la razón y de la inteligencia, y separan creer de saber. Santo Tomás une creer con saber, ellos separan. Más aún, transforman al acto de fe en un acto irracional y lo fundamentan en la subjetividad y la sensibilidad, como acontece con el pietismo subjetivista luterano y post-luterano que configura, en su centro mismo, un cristianismo “sin religión”, caracterizado en el pensamiento del teólogo calvinista Karl Benth. Santo Tomás va a sostener la espiritualidad en el acto puro de fe, afirmando la inteligencia de la fe, porque el sujeto de la fe es la razón. Santo Tomás va a integrar el creer con el saber, de tal manera que al adherir la inteligencia al objeto de la fe, que es la Revelación de Dios, lejos de radicalizar una dicotomía entre creer y saber, la abre a la inteligencia a conocer lo que de otro modo no podría. Hace suya la definición agustiniana de la fe: “*fides est cum assensione cogitare*”. De tal manera interpela el apetito de verdad de la inteligencia que no se cierra, no se separa del conocer y quiere penetrar el misterio: “*cum assensione cogitare*”. Es un acto típico, singular, del conocimiento de fe. Cualquier conocimiento que no sea de fe, cualquier conocimiento de visión, cuando alcanza el objeto se detiene en el objeto. En el acto de fe, cuando la inteligencia alcanza el objeto, es decir, la verdad revelada, no se detiene, lo intenta penetrar. San Agustín dice “*cum assensione cogitare*”, es una adhesión que abre al pensar, a penetrar el misterio, penetración del Misterio que se va a concluir en el cielo cuando se nos infunda el *lumen gloriae*, la luz final de la Revelación, del misterio de Dios. Entonces lo veremos tal como es.

Decíamos entonces que la primera característica de esta espiritualidad, según la enseñanza de Santo Tomás y la tradición de la Orden, -porque Santo Tomás no hace más que explicitar la tradición de la Orden-, es ser una espiritualidad *teológica* desde la cual se da prioridad a Dios. Dios es el comienzo y el fin de la vida espiritual. Y esta espiritualidad crece desde el misterio sostenida por la fe. En esta espiritualidad tiene prioridad operativa la inteligencia en cuanto que es la depositaria del misterio revelado y la que está abierta a penetrar el misterio y adherir al misterio. Pero en ese acto de la inteligencia, se integra la voluntad, toda vez que Dios infunde la gracia y mueve a la adhesión. Mueve con la gracia a creer, a querer creer. Si Dios no nos moviera no creeríamos. Desde la naturaleza misma de las cosas la inteligencia tiene una cierta prioridad, toda vez que, como decía Aristóteles, *nihil volitum quin praecognitum*, “nada es apetecido si antes no es conocido”. Por eso en la primera parte de la Suma, Tomás despliega el misterio de Dios como respuesta a aquella pregunta que se hacía de niño siendo oblato benedictino, ¿quién es Dios? Este es Dios, el Dios Uno y Trino, el Dios que se encarna en la entraña de María Santísima, el Verbo Encarnado que se hace, de este modo, la causa eficiente, final, formal y ejemplar de nuestra salvación.

Santo Tomás va a desarrollar el camino de la vida espiritual, en la segunda parte de la Suma, que es la moral. El Dios Uno y Trino de la Revelación, aparece ahora como el fin último del hombre. Por eso Santo Tomás comienza el tratado de la moral con las cinco primeras cuestiones donde se ocupa de “Dios como fin último del hombre”. Como fin, Dios atrae todo hacia Él. Todo lo que se hace, se hace por un fin, Dios es fin, entonces atrae al hombre hacia Él. Estas cinco primeras cuestiones son formidables. Nadie ha desarrollado la Teología del fin último del hombre como Santo Tomás en estas cinco cuestiones, que merecieron los tres

tomos de comentarios del famoso libro “*De hominis beatitudine*” del padre Santiago Ramírez. El gran teólogo le dedica tres tomos a cinco cuestiones, porque ahí esta la explicación del *reditus*, del retorno. Hay un fin último que es Dios, por eso el hombre vuelve a Dios, porque Dios es fin del hombre: “*omne agens agit propter finem*”, todo agente obra por un fin. El retorno del hombre a Dios se va a dar a través de la gracia. Ahí Santo Tomás se separa de la enseñanza de los padres griegos, que dan prioridad al Espíritu Santo. Empeñado y sostenido por su realismo metafísico, para él la vida espiritual, el retorno a Dios, se da por el hábito de la gracia. Es un hábito, es un don creado que está unido al don Increado, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El don creado es la gracia, ese don creado es un hábito. Ese hábito está infuso en el hombre y cuando lo bautizo al pequeñito y cuando el pequeñito no tiene ni siquiera conciencia ni capacidad de hacer un acto de fe, ni de tomar conciencia de la presencia del Espíritu Santo en su alma, sin embargo ya tiene el hábito de la gracia, y con él las virtudes infusas. Por el hábito de la gracia está ontológicamente incorporado a la vida divina.

Del hábito infuso de la gracia divina en el alma después fluyen, dice Santo Tomás, las virtudes infusas, que sobreelevan y disponen a las facultades para que puedan operar en el orden sobrenatural. Las facultades del hombre están revestidas por este hábito infuso de la gracia que hace posible que el hombre sea sobreelevado al orden sobrenatural y pueda operar y realizar acciones sobrenaturalmente meritorias. No podemos separar al don creado del Don Increado. Siempre que opera la gracia opera Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero la realidad con la cual opera es este hábito infuso de la gracia.

Así como Santo Tomás desarrolló con toda lucidez, en la primera parte de la Suma *quién es Dios*, ahora en la segunda parte desarrolla *quién es el hombre*, para que podamos ver cómo el hábito infuso de la gracia

viene al hombre y lo purifica, hace posible la presencia divina en su alma, lo hace hijo de Dios, hermano de Cristo y heredero del Cielo; cómo opera este don de la gracia, no separado del don increado, pero actuando como un hábito infuso en el alma y en las facultades, sin el cual el hombre no se puede salvar. Santo Tomás considera al hombre concreto con cuerpo, con alma, con inteligencia, con voluntad, con apetitos, y a todo este complejo humano lo reviste con el hábito de la gracia, lo sobreeleva y lo dispone a poder hacer actos sobrenaturales. Esa es la espiritualidad de Santo Tomás, realista, profunda. ¿Cómo va a operar el hombre? Con las virtudes ¿Qué son las virtudes? Son los hábitos operativos buenos, infusos, porque si Dios no los infunde, la naturaleza humana no podría alcanzar el orden sobrenatural. Dios los infunde desde la gracia y entonces viene la fe en la inteligencia, la esperanza y la caridad en la voluntad, la prudencia y todas las virtudes morales infusas. Entonces la segunda característica de la espiritualidad de Santo Tomás, vista desde la Suma, es que centra la esencia de la presencia divina y de la filiación divina y de la comunión divina en la gracia, en el don creado de la gracia. Por el don creado de la gracia y el ejercicio de las virtudes, el hombre puede disponerse a hacer actos concientes de la presencia del don divino increado, Padre, Hijo y Espíritu Santo en su alma. La gracia actúa en el hombre concreto, en su racionalidad, en sus facultades, y superando este nivel de operación aparece el Espíritu Santo.

Santo Tomás señala también que la vida mística, de comunión, de presencia habitual en el don increado por la acción del Espíritu Santo, es una gracia de Dios, que Dios la da a quien quiere, no se puede adquirir. Me dispongo, sí, me abro a la vida mística, pero la vida mística como tal, es una gracia, aquí está entonces la otra característica de la vida espiritual de Santo Tomás.

En algunas espiritualidades contemporáneas se ha rescatado la prioridad del Espíritu Santo muchas veces en desmedro de la vida de la gracia. En esto hay una cierta protestantización de la vida espiritual. O se la reduce a un hecho irracional, como quiere Kierkegaard, que era protestante. Hago un reclamo de sensibilidad, para lo cual genero un impacto emocional psicológico, desde el cual imagino que está presente el don increado de Dios que es el Espíritu Santo. Aquí nos movemos en un tembladeral, porque estamos en puro subjetivismo. Si separo el Don Increado del don creado de la gracia, estoy en el protestantismo. El protestantismo quita la gracia porque no es posible la santidad. El hombre está de tal manera quebrado por el pecado que no tiene ninguna disponibilidad a la santidad, y consecuentemente a la salvación, y se salva desde afuera. Lo salva Dios desde afuera, con un decreto divino que viene de afuera. De su salvación sólo puede tener conciencia a través de un efecto subjetivo o sensible

Cuando Santo Tomás fundamenta la vida espiritual en la gracia, está mostrando cómo Dios viene al hombre concreto. A ese hombre concreto lo limpia, lo purifica, lo sobreeleva, lo viste con el hábito de la gracia, lo reviste y lo dispone para que haga el camino de retorno a la Casa del Padre.

El hombre es visto en toda su realidad natural y sobrenatural; en la objetividad de su verdad como ser existente; en su bien concreto; en su rico y complejo encuadre humano; en toda su vitalidad y libertad. Y ahí está también la dimensión subjetiva, pero esa dimensión subjetiva está objetivizada por la realidad creada que es la gracia, la cual hace que la disposición subjetiva, no quede en puro sentimiento, en pura subjetividad, sin un referente objetivo que la defina, y ese referente objetivo es la gracia.

Nuestra vida espiritual tiene que ser una vida teocéntrica, fundada en el misterio de la Revelación de Dios, haciendo que la fe pueda estar cada

vez más abierta al misterio y enriquecida por el misterio. Decía San Jerónimo: “*Discamus in terris, quorum scientia nobis perseveret in caelo*”, “aprendamos en la tierra cosas cuya ciencia permanezca con nosotros en el Cielo” (Epist. 53; ML 22, 549). Cuando la razón es asumida y purificada por la gracia de Dios, apunta a tenerlo a Dios como fin último, endereza la vida hacia la imagen y semejanza de Dios y, como está fundada en la gracia, se ejercita a través de las virtudes. Hasta aquí un panorama de nuestra vida espiritual tal como la podemos entender a través de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino.

Imagen y semejanza de Dios según Santo Tomás

Nos preguntamos ahora cuáles son los elementos que sostienen la vida espiritual desde la teología de Santo Tomás. Hemos señalado algunas cosas, hemos mostrado cómo la vida espiritual, para Santo Tomás, no es otra cosa que el retorno del hombre a Dios. La vida espiritual es precisamente el proyecto personal de retornar a Dios para vivir en comunión con Él ahora, aquí, en este tiempo de peregrinos, y finalmente, en el cielo. Este proyecto, empieza en Dios y termina en Dios. Por eso decimos que uno de los tonos dominantes de la espiritualidad de Santo Tomás, es ser una espiritualidad teocéntrica, que está centrada en el misterio de Dios. Empieza descubriendo desde la fe quién es Dios, y es el deslumbramiento del Dios Uno y Trino, el que va a atraernos hacia Él. Por eso al Dios que descubro desde la fe, como el Dios Uno y Trino, lo tengo que percibir también desde la fe como mi fin último. Y cuando digo último, quiero decir que siempre, en cada opción que haga en el operar de mi vida, estará Dios, siempre Dios. Siempre lo estoy eligiendo a Dios. Ya sea porque Dios se manifiesta, porque esta opción ya responde a una explícita y formal presencia de Dios en mi vida, ya sea porque está implícita o virtualmente en la intencionalidad de mi espíritu y de mi corazón, aunque no lo esté de modo explícito y formal. Este tono teocéntrico de la espiritualidad de Santo Tomás, está exigiendo siempre dos realidades que configuran el ritmo propio de la vida espiritual: la presencia de Dios y la rectitud de intención ¿Por qué? Porque lo percibo a Dios en mi origen y lo percibo a Dios en mi destino. Entonces siempre está Dios. La espiritualidad de Santo Tomás intenta que Dios sea “el que Es” en mi vida. Y este Dios, que se revela a sí mismo desde el misterio de la Trinidad, aparece entonces ya en la segunda parte de la Suma Teológica de Santo Tomás, como el fin último de mi vida. De tal manera que no hay vida moral si Dios no es el fin último del hombre. Por eso la moralidad de Santo Tomás empieza por este

magnífico modo de mostrarlo a Dios como el fin último. Santo Tomás despliega, primero toda la realidad de Dios, y ahora lo muestra como fin último y despliega entonces toda la realidad del hombre. Toda la naturaleza del hombre, para que nosotros podamos ver cómo es posible, desde la naturaleza misma, ordenar al hombre al fin último de Dios. Porque ya hay una ordenación que viene desde el origen mismo. Santo Tomás entiende así el sentido de la Revelación que dice que el hombre ha sido creado a imagen y hacia la semejanza. No a “imagen y semejanza”, sino, “a imagen y hacia la semejanza”.

Aquí hay todo un problema metafísico importante, que es el constitutivo formal de la persona. Para Santo Tomás es claro que el constitutivo formal del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, está dado porque el hombre participa del *Esse* de Dios. No es el bien lo que constituye formalmente a la persona. No es un camino espiritual que el hombre transita pasando, como dirían las espiritualidades de tono más neoplatónico y franciscano, del *eros* al *ágape*, y que constituye a la persona en el bien. Porque si el bien es el constitutivo formal de la persona y la vida espiritual mira a la perfección de la persona, entonces, desde la voluntad misma, el hombre puede ordenarse a este bien y pasar del *eros* al *ágape*. Santo Tomás refuta esta postura muy sobriamente y dice, el bien no puede ser constitutivo de la persona, porque el bien tiene razón de fin . Y si tiene razón de fin no la puede constituir. Lo que constituye a la persona es la participación en el *Esse*. Y esto es muy importante porque Santo Tomás rescata al hombre real. Al afirmar al *Esse* como el constitutivo formal de la persona, está afirmando la naturaleza del hombre con su disposición al bien y a la verdad, ya disponible desde el *Esse* mismo de Dios al bien y la verdad, al cual tiene que alcanzar. Si bien es una naturaleza llagada y quebrada por el pecado sin embargo, al participar del *Esse* de Dios, tiene en su misma naturaleza una cierta disponibilidad a la verdad y al bien y, por

esta disponibilidad natural a la verdad y al bien, el hombre puede recibir la gracia. Lo que constituye a la persona humana como persona es el *Esse*, la subsistencia de la persona o sea la relación trascendental de la esencia a la existencia o acto de ser.

La persona adquiere su autonomía por la subsistencia y en Tomás es posible que venga un hábito infuso y perfeccione a la persona. Viene esta cualidad de vida sobrenatural y purifica y eleva y sobreeleva el *esse* que ya está participando en la naturaleza. Por eso Santo Tomás dice que la naturaleza es “*Ad omnia*”, “*Natura est ad omnia*”. La naturaleza esta abierta al todo. Es una naturaleza espiritual hecha a la imagen y hacia la semejanza. Ahí en el *Esse* de Dios participado está la imagen, y por eso es posible ir hacia la semejanza. Tengo que descubrir para mi vida espiritual, que esta realidad que soy yo, con los quebrantos y las miserias que arrastra, tiene un privilegio de intimidad que está dado por la participación en el *Esse* de Dios. Desde ahí, si abro esta realidad a la gracia, la gracia puede tomar esta naturaleza y reordenarla, y sobreelevarla y disponerla a la última y final perfección que es la del “*Lumen gloriae*”. Lo que Santo Tomás -y esto es muy importante en la vida espiritual- está queriendo conciliar es la naturaleza con la gracia. La gracia no es una realidad que obra desde afuera casi como una acción *ad extra* que levanta la naturaleza. No, hay una naturaleza caída, quebrada, pero que está participando del *Esse* de Dios. Está en disponibilidad y esta naturaleza tiene en sí misma los recursos para poder recibir la gracia de Dios y desde ahí ser elevada al orden sobrenatural. Tiene los recursos, de tal manera que es posible la santidad.

La santidad no viene de afuera, claro que viene por la gracia, pero se inserta en la naturaleza, y la “*Natura est ad omnia*”, es “*capax Dei*”, está disponible a la santidad. De tal manera que el pecado nunca puede ser más fuerte que esta ordenación ontológica, intrínseca, al bien y a la verdad que

ya está metida en la naturaleza, toda vez que está participando del *Esse* de Dios, imagen y semejanza. Esto es lo que no pudo resolver la reforma protestante, y por eso desaparece la gracia, y ¿qué queda para la salvación y la justificación? Una relación extrínseca que me viene por un decreto divino, por un puro acto de voluntad divina, de predestinación. Claro, si se cae la gracia, se cae la posibilidad de la santidad, queda separado el mundo de Dios y necesariamente aquí está el germen de la secularización. El mundo y Dios no pueden encontrarse, y detrás de esta concepción aparece toda una espiritualidad que no toma en cuenta la naturaleza. Entonces la vida espiritual, vista desde Santo Tomás, rescata al hombre concreto, y sabe que desde ahí es posible la santidad, porque en la naturaleza ya hay una disposición para poder recibir los bienes de la gracia. Santo Tomás dice que el *esse* es *intimius*, es más íntimo a la naturaleza misma que la forma esencial de la cosa. Hay una realidad ontológica esencial, intrínseca que es el *esse*. El *esse* que participo como imagen de Dios, es el que me dispone a la santidad, y me dispone a la verdad, y me dispone al bien y por eso, cuando quebranto la verdad y profano el bien me quiebro como naturaleza, como creatura.

Cuando usted toma como fin último un bien que no es último, usted se equivoca, y se quiebra la naturaleza, se profana la naturaleza. No es una relación extrínseca, no es una relación de afuera, es una relación de adentro. Santo Tomás lo toma al hombre, y lo despliega mostrando el acto humano, la distinción del acto humano del acto del hombre, el acto libre, el acto voluntario, los hábitos, las pasiones.

El hombre así descrito se puede santificar. A este hombre es posible salvar. A partir , de la gracia, que es un hábito infuso, y de la naturaleza que está en disponibilidad ontológica para recibir la gracia. Viene la respuesta moral del operar desde la gracia y con la gracia. Pero

ontológicamente ya estoy en disponibilidad. No puedo desesperar de mi salvación, no puedo desesperar de mi santidad, porque mi estructura, mi naturaleza, está hecha a imagen de Dios y consecuentemente está en disponibilidad a la santidad, en disponibilidad a la perfección. Sólo se requiere que desde el acto conciente y libre, opere hacia la gracia, y la deje operar a la gracia. Esta es una espiritualidad fundada en la posibilidad real, ontológica, de comunicar la naturaleza con la gracia. El que sienta o no sienta, el que me guste o no me guste, eso no juega. Lo que define objetivamente esta realidad es la gracia de Dios, ese hábito infuso que viene a esta intimísima realidad del *Esse* que yo participo toda vez que he sido creado a imagen de Dios, y voy hacia la semejanza. Voy hacia la semejanza, en la medida que deje que la gracia opere. La gracia produce este efecto de transformación y transfiguración que me va asemejando a Dios.

Somos hijos de Dios -dice San Juan- todavía no sabemos lo que seremos, pero sabemos que vamos a ser semejantes a Él, porque lo vamos a ver como Él es, esa es la semejanza.

Ustedes vienen al Seminario a formarse para tener una vida espiritual. Le han dicho sí a Dios, que los ha elegido, los ha llamado. El evangelista Marcos dice: “Los llamó para que estuvieran con Él”, los llamó para estar con Él, primera cosa; después irán a predicar, irán a curar enfermos y a sacar demonios, que siempre abundan. Pero la primera realidad, dice el evangelista, es haberlos llamado para estar con Él. Y ¿cómo estoy con el Señor? Abriendo el corazón para vivir en comunión con Él. Y ¿cómo vivo en comunión con el Señor? Con la gracia. Tengo que hacer que este *esse* profano se sacralice. Esta es la tarea de cultivo espiritual que tengo que hacer durante mis años de seminarista y de toda la vida. Además, en los años de formación, esta tarea de tener una vida

espiritual conciente y creciente, tiene que ser el primer gran objetivo de mi formación. Dios me ha llamado por un designio de predestinación, para ser justificado y glorificado, para eso me llamó.

Este es el sentido de la vida espiritual. Cuando estudien teología, van a ir viendo también cómo se enriquece la posibilidad de la vida espiritual. Pero en todo caso tenemos que movernos con el rigor realista de Santo Tomás, y, volcado sobre mi mismo análisis, me tiene que ayudar a percibir quién es este hombre que soy yo, hecho a imagen y semejanza de Dios, participando del *Esse* de Dios ¿Quién es este hombre? ¿Cómo funcionan sus realidades humanas, su libertad, su conciencia? ¿Cómo funciona su estructura psicosomática, sus apetitos, sus pasiones? Y ahí trabajarle a este hombre concreto, sabiendo siempre que es posible la santidad, porque el hábito infuso de la gracia viene a una naturaleza que está dispuesta para recibirla. A veces tengo que exigirme actos de violencia, violencia espiritual, pero lo puedo hacer, tengo que disponer, ¿a quién?, a este hombre que soy yo. No es una espiritualidad de arrobos místicos, de sensibilidades. A este hombre concreto que soy, lo tengo que conocer cada vez más, y conociéndolo más desde ese despliegue que hace Santo Tomás del hombre, desde ahí con la gracia ser capaz de operar en el camino de las virtudes y de los hábitos, acrecentar los hábitos infusos que son los que van dando la perfección a esta naturaleza que Dios ha hecho *ad omnia*, abierta a la totalidad del misterio de Dios. Esta es la vida espiritual. Aquí no hay misticismos extraños, espiritualismos que no están fundados en la realidad. Tengo que santificarlo y darle vida espiritual a este hombre concreto que soy yo, tal como lo ve Santo Tomás. Naturaleza caída, inteligencia opacada, voluntad debilitada, ese soy yo, “ángel intoxicado”, pero ángel al fin.

Sin embargo hay un *esse*, una subsistencia de esta persona que está participando de la imagen de Dios, y ahí puede venir la gracia y ahí se puede ir abriendo la inteligencia e iluminando la inteligencia se puede fortalecer la voluntad, se pueden ordenar las pasiones, y esa es la vida espiritual, esa es la santidad, ese es el camino, esa es la tarea. Y el que persevere hasta el fin, ese se salvará, y el que se desplome no se va a salvar, porque este es el camino que el Señor nos marcó.

Bueno, pidámosle entonces a Santo Tomás que nos de ese sentido realista de la espiritualidad, y que nos ilumine para hacer que Dios sea “el que Es” en nuestras vidas.

Naturaleza y gracia en la espiritualidad de Santo Tomás

Nuestra vida espiritual, siguiendo la teología de Santo Tomás, tiene que estar centrada en la vida de la gracia. Ese es el modo como podemos darle objetividad a nuestra comunión con Dios. Los recursos aleatorios pueden estar o no. Puede ser que en algunos momentos tenga una suerte de mayor conciencia y mayor sentimiento respecto de las cosas de Dios, puede ser que no los tenga. Santa Teresa vivió muchos años, ella lo cuenta, en la oscuridad más terrible. Pero en eso no hay que equivocarse y esto es muy importante: la comunión del hombre con Dios en la economía ordinaria de Dios se da por el encuentro de la naturaleza con la gracia. Y esto es posible porque estamos hechos a imagen de Dios. La gracia como hábito es la que hará posible el ir hacia la semejanza porque la semejanza ya es en nosotros una semejanza de la vida divina. Siguiendo la teología de Santo Tomás la definimos como “una participación formal y analógica de la vida divina”. Formal porque está incidiendo sobre la forma del hombre, sobre la esencia del hombre; y analógica porque nos participa con medida y semejanza la naturaleza divina para alcanzar la comunión con Dios.

Prioridad de Dios en la espiritualidad de Santo Tomás. Prioridad de Dios que se expresa a través de la prioridad de la gracia. Porque sin la gracia no puedo creer, sin la gracia no puedo perseverar, sin la gracia no puedo salir del pecado, sin la gracia final no me puedo salvar. Santo Tomás es terminante, esta es la prioridad de la gracia. Por eso la respuesta de la vida espiritual tiene que apuntar a la presencia, al cultivo, de esos hábitos infusos que se me dan desde la gracia para que pueda perseverar en la vida cristiana. No estoy hablando específicamente de la vocación, estoy hablando de la vida cristiana. Se trata, y esto es también importante como característica de la espiritualidad de Santo Tomás, del crecimiento de modo

consciente en la vida de la gracia. El crecimiento pasa necesariamente por el cultivo de las virtudes, de los hábitos infusos. De tal manera que la vida espiritual, teológicamente fundada en Santo Tomás, mira más a Dios, a la gracia y a la virtud que al pecado; lo cual no quiere decir que Santo Tomás no lo considere. Ya hemos visto cómo Santo Tomás despliega los dos extremos de la relación: Dios en su misterio trinitario y el hombre en su realidad concreta de persona. Dios le infunde este don creado de la gracia para sacarlo de su profanidad, para sacralizarlo, para potenciar al máximo las fuerzas de su propia naturaleza que, aunque caída, están en disponibilidad para operar y obrar. Por eso es posible la santidad y por eso es posible que me santifique. No sólo por la gracia sino también por la naturaleza, sin que esto suponga ser pelagiano. Si la naturaleza no tuviera esa disponibilidad, entonces la santidad tendría que ser un hecho mágico. Santo Tomás lo expresa magníficamente cuando dice: “la gracia supone y perfecciona la naturaleza”, pero la supone. Quiero decir que, en la espiritualidad de Santo Tomás, cuanto más disponga yo a mi naturaleza, pues con mayor posibilidad actuará en ella la gracia; cuanto mayor dispuesta esté la naturaleza, mejor serán los frutos de la gracia en ella. Y en esto también vemos cómo en la espiritualidad de Santo Tomás no es posible una especie de misticismo mágico, de fideísmo, como que la gracia es una realidad que viene y me transporta al tercer cielo en una especie de éxtasis místico. Siempre está condicionada por la naturaleza, porque se requieren mutuamente.

La gracia está condicionada por la disponibilidad de la naturaleza, tan condicionada está que Santo Tomás afirma que hay carnes más dispuestas a las cosas espirituales que otras. Santo Tomás habla de la influencia de los “humores”; así llamaban los antiguos al complejo mundo de las glándulas de secreción interna. Ese es el mundo de los humores.

Cuando se está de mal humor hay alguna glándula que no está funcionando bien.

Santo Tomás habla inclusive de cómo influyen los astros y las fases de la luna en la naturaleza. Hoy es una cosa ya aceptada; los pescadores lo saben bien, cómo los astros influyen en los peces para la pesca.

La naturaleza real y concreta es la que va a ser santificada, y si bien tengo la dimensión infusa de la gracia, eso no me libera de la otra dimensión, que me obliga a perfeccionar mis propias facultades adquiriendo y fortaleciendo los hábitos propios para que esas facultades estén siempre mejor dispuestas para recibir el influjo de la gracia. Esto nos pone siempre frente a la necesidad de mirar bien lo que tengo que cultivar de mi realidad personal. El estudio, la inteligencia, la voluntad. Hoy hay un déficit grande en el joven contemporáneo: es su debilidad en la voluntad. Los jóvenes están debilitados en la capacidad de operar con actos de la voluntad. Son débiles, casi ontológicamente débiles. Tienen de tal manera debilitada la voluntad que no la pueden hacer funcionar y están entonces al arbitrio de las circunstancias, del impacto, de la emoción, no lo pueden controlar. La voluntad tiene que ser ejercitada, con actos de voluntad para rescatar la fortaleza y operar con autonomía. Lo de Santo Tomás es una espiritualidad centrada en el hombre concreto, sobre el cual actúa la gracia pero suponiendo la naturaleza. Hay que suponerla siempre. Hay que suponer los condicionantes corporales, los psicológicos, los morales. Toda esta conjunción de elementos sobre los que va trabajando, la gracia va influyendo, va sobreelevando, va purificando; la gracia va curando la naturaleza. Por eso los teólogos hablan de la gracia “elevante” y “sanante”.

Nosotros los sacerdotes lo sabemos bien. Muchas veces los fieles vienen pidiendo el auxilio espiritual de la gracia pero como si la gracia fuera un objeto externo al cual alcanzo a través de un comportamiento

exterior. La gracia es el don divino creado y metido adentro mío, eso es la gracia; es una creatura que se me mete adentro, no la tengo afuera, tiene que estar adentro. La gracia ordena, purifica, armoniza la naturaleza, porque va quitando el pecado que quiebra la naturaleza, la enferma. Esto también es importante; porque tampoco el pecado es una cosa de afuera, como el quebrantar una norma que tengo con respecto a un objeto que está afuera de mí, no. El pecado quebranta la naturaleza, enferma la naturaleza. Uno podría decir, si fuera médico: “-Usted está enfermo de pecado. De eso está enfermo, usted tiene “peccatitis”, “inflamación del pecado. Salga del pecado y se va a curar”. Hemos visto, en la tarea sacerdotal cómo, de repente, cuando la persona empieza a recorrer los caminos de la vida espiritual, de la gracia, se va sanando, se va curando, se va ordenando.

Esto es lo hermoso de Santo Tomás: la espiritualidad de Santo Tomás está expresando desde lo humano de la naturaleza, el misterio de la Encarnación. Lo propio del misterio de la Encarnación es que se une la naturaleza humana con la divina sin que lo divino sea menoscabado y sin que lo humano sea absorbido por lo divino, siempre sigue estando lo humano. Es sobreelevado, perfeccionado, pero sigue estando. Porque en las teofanías orientalistas el hombre desaparece frente a lo divino. Lo divino es una especie de realidad que absorbe a lo humano. En la teología católica no, en la teología de Santo Tomás lo humano está siempre presente. Lo que está siempre presente es la persona y es a ella a la que se santifica. Lo hermoso es saber que yo en el Cielo no me voy a diluir, voy a seguir siendo Fray Aníbal o Lisandro o Alejandro. Voy a seguir siendo el que soy, santificado, restaurado, transfigurado –espero que me cambien la cara-, pero voy a seguir siendo el que soy. Voy a seguir siendo esta persona, porque la naturaleza me va a acompañar, no la voy a perder, aunque se va a separar el alma del cuerpo finalmente va a volver al cuerpo. Santo Tomás enseña que el alma está creada con una potencia obediencial al cuerpo que

tiene. El cuerpo forma parte de tu persona y claro, si bien se va a desintegrar y corromper, el alma separada sigue teniendo su potencia obedencial y está esperando de nuevo ese cuerpo y por eso en la resurrección final se va a dar como un acto nuevo creador y va a ser recreado el cuerpo. Va a estar la totalidad de la persona. A partir de esta unión substancial de “corpalma” que somos y lo seguiremos siendo en la eternidad, el Angélico se pregunta qué es más perfecto para el alma humana -la inferior entre las criaturas espirituales- si el estar unida o separada del cuerpo, y responde sin vacilar, que el estar unida al cuerpo. Aquí se vislumbra la maravilla del humanismo de Santo Tomás en su doble dimensión, natural y sobrenatural.

Entonces, nada de arreboles místicos en nuestra espiritualidad tomista. Los pies caminando con el hombre concreto que somos. Pueden darse éxtasis místicos, pero siempre serán gracias que Dios dará a quien quiera. Caminar los caminos cotidianos de la vida de la gracia, perfeccionando y enriqueciendo la naturaleza, esa es la cosa ¿para qué? Para que la gracia actúe más, sobreeleve más, enriquezca más, purifique más y sane más. Esa es la espiritualidad nuestra. Después, que sienta más, que sienta menos, que tenga un arrebató místico, que se me revele Dios, puede ser, pero yo no lo busco, tampoco lo necesito, me basta la fe. Cuando San Pablo se lo pidió, ¿qué le dijo el Señor?, “Mi gracia te basta”. No necesito milagros de Dios. Dios me ha dado un camino ordinario para mi salvación, donde tengo que vivir la vida espiritual de la gracia. ¿Dónde la vivo? En la Iglesia. Mi vida espiritual está inserta en el misterio de la Iglesia. Soy un hombre de la Iglesia. Usted puede ser un eclesiástico sin ser hombre de la Iglesia, por exceso o por defecto, no importa. Tengo que ser un hombre de la Iglesia como fue Santo Domingo. Modelo del hombre de la Iglesia, porque es ahí donde se vive el misterio de la gracia.

Que así sea.

Vida espiritual y gracia capital de Cristo

La vida espiritual consiste, en la teología de Santo Tomás, en el retorno del hombre a Dios. Salimos de Dios, volvemos a Dios. Y este retorno del hombre a Dios, supone un recorrido de espiritualización. No se trata solamente de una ordenación moral, se trata de espiritualización, de transformación interior, de transfiguración. Porque tenemos que caminar hacia la semejanza de Dios, ese Dios del cual sabemos y conocemos lo que el mismo Dios, desde su misericordia, nos ha querido revelar.

No se trata ya de aquel Dios que se reveló en la zarza ardiente a Moisés, diciendo “Yo soy el que soy”, donde algunos quieren entender algo así como una definición metafísica de Dios. Es el Dios que se nos revela ya en el Hijo, desde la plenitud del Misterio Trinitario: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso Santo Tomás nos muestra en la Suma quién es este Dios, el Dios de la Revelación, y asume también, desde el misterio de la Revelación, la definición metafísica al nombrarlo como el “*ipsum Esse subsistens*”. Es la esencia metafísica de Dios. Ese Dios se hace entonces nuestro fin. Desde la fe lo descubrimos a ese Dios como fin, y dado que “*omne agens agit propter finem*”, todo el que obra, obra por un fin, y un fin último, comienza entonces el camino de retorno a Dios que Santo Tomás desarrolla en la segunda parte de la Suma. Empieza por mostrarnos cómo sólo Dios puede ser el último fin del hombre. Retornar a Dios es entonces, asumirlo a Dios como el último fin de nuestra vida, y este camino de retorno a Dios, se hará logrando que Dios sea el que Es, es decir, el fin último de nuestra vida. En el acto humano más aparentemente indiferente, siempre está implícito el último fin que es Dios. De manera que retornar a Dios es hacer que Dios esté vigente en todos los actos conscientes de mi vida. Se trata del Dios de la Revelación, consecuentemente, esto solamente es posible desde la gracia, y hacer que Dios desde la gracia sea, tenga

vigencia, en todos los actos conscientes de mi vida, es hacer que mi vida concientemente asuma los caminos de la virtud. De tal manera que no se puede retornar a Dios sino desde la gracia y la virtud.

La gracia y la virtud. No necesito medios extraordinarios, no necesito que Dios se me muestre, se me revele, no necesito acciones extraordinarias de Dios. Este es el camino ordinario: la gracia que me sobreeleva y la virtud que practico de un modo consciente. Porque cuando tengo que hacer que en todos los actos conscientes de mi vida esté vigente Dios, cualquier acto que haga se transformará en un acto de virtud. Esa es la virtud. No hablo de actos circunstanciales, actos momentáneos, actos fugaces o pasajeros. Hablo de virtud, es decir de hábito. Tengo que lograr que se inserten en mi naturaleza los hábitos virtuosos para que se genere, desde la gracia, esa suerte de segunda naturaleza, que me permite operar con eficiencia, con rapidez y con gusto, en las exigencias de la vida virtuosa. Este es el camino de la espiritualidad, iluminando, regulando desde los mandamientos, la ordenación de los hábitos y espiritualizándolos desde la exigencia de las Bienaventuranzas. De manera que la vida espiritual, para la teología de Santo Tomás, es esa espiritualidad teocéntrica que se funda en la gracia y que se cultiva desde el ejercicio de las virtudes, a partir del operar propio de mis potencias humanas que, sobreelevadas por la gracia, permite realizar actos sobrenaturalmente meritorios. Por eso me puedo espiritualizar. San Pablo, en la epístola a los Romanos (12, 1-3) dice: “¡Hermanos, os exhorto por la gracia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como víctima santa, pura y agradable a Dios!. Ese es vuestro culto espiritual. Y no negociéis con el mundo, antes bien, purificad vuestra *mens*”, vuestra interioridad, purificarla, espiritualizar la interioridad para que entonces podáis discernir, dice el Apóstol. Discernir, tener la conciencia, el discernimiento de “lo bueno, lo agradable, lo perfecto, según

la voluntad de Dios”, no según la voluntad de mis pasiones, mis intereses. Este es el camino, ahí está el camino de la vida espiritual.

Hablamos entonces de la gracia. En la espiritualidad de Santo Tomás, la gracia tiene prioridad, Dios tiene prioridad, porque aún desde el punto de vista metafísico, no se puede pasar de la potencia al acto, “*nisi ens actu*”, dice Santo Tomás. Si yo estoy en potencia a la perfección, no puedo pasar de la potencia al acto, “*nisi ens actu*” a no ser por causa de un “ens” en acto. Si no está actuando algo que me hace pasar de la potencia al acto, el tránsito es imposible. El tránsito de la profanidad a la sacralidad, de la carnalidad a la espiritualidad, no se puede lograr sin una acción de Dios, de la gracia. Así como en el orden de la naturaleza tampoco paso de la potencia al acto a no ser por una, llaman los tomistas, “premoción física” que me mueve para poder pasar de la potencia al acto, para pasar de la profanidad a la sacralidad, de la vida natural a la sobrenatural, necesito la gracia. Necesito la gracia para perseverar en este estado de santidad y salvación, necesito la gracia finalmente para el tránsito final de mi vida, la gracia de una buena muerte. También necesito esa gracia final de Dios.

Por eso la dimensión de la gracia, en la vida espiritual, según Santo Tomás, hace que esta espiritualidad sea teocéntrica y al mismo tiempo cristocéntrica y eclesial, porque esto que llamo gracia –y no estoy hablando ya en el sentido de cualquier medio que me puede ayudar a la perfección, sino que estoy hablando de la gracia santificante, de la gracia eficiente-, esa participación analógica y formal de la vida divina, o dicho de otro modo, esto que me hace poseer con medida y semejanza lo que Dios es por naturaleza, esto lo participo de la capitalidad que Cristo tiene sobre su Cuerpo Místico. Cristo es cabeza del Cuerpo Místico.

Santo Tomás, en la tercera parte de la Suma, apunta a desarrollar el misterio de la encarnación del Verbo de Dios, la unión substancial de la

naturaleza divina con la naturaleza humana en la Persona del Verbo, y que llamamos la unión hipostática. La unión hipostática le da a Cristo la capitalidad de la gracia, porque Él tiene la plenitud de la gracia, lo dice San Juan en su Evangelio: “Lo hemos visto *plenum gratiae et veritatis*”, lo hemos visto a Él pleno de gracia y de verdad. Y dice en el mismo texto San Juan, “de él hemos recibido gracia sobre gracia”; en el versículo 9: “era la luz verdadera que viene a iluminar a todo hombre que llega a este mundo”. Santo Tomás lo muestra a Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico, con una capitalidad de orden, de perfección, de eficiencia, afirmando, por la unión hipostática, una triple perfección: de orden; la cabeza es el primero de los miembros del cuerpo; de perfección; tiene en ella la máxima perfección del organismo humano; de eficiencia: actúa sobre los demás miembros. Así Cristo, análogamente es Cabeza del Cuerpo Místico porque tiene una primacía de orden: “es el primero de una multitud de hermanos”; una primacía de perfección: “lo hemos visto pleno de gracia y verdad” y una primacía de eficiencia: “de él hemos recibido gracia sobre gracia”.

No se puede avanzar en este proceso de retorno a Dios si no es insertándose cada vez con mayor profundidad en el misterio del Cuerpo Místico de Cristo; viviendo con mayor profundidad el misterio de la Iglesia, la vida de la Iglesia. En ella actuando la capitalidad de la gracia de Cristo y desde ahí. Cristo nos está participando con su prioridad de orden, de perfección y de eficiencia la gracia santificante. ¿Qué es la Iglesia? La Iglesia es el Cuerpo Místico. Todos los bautizados, los incorporados a este Cuerpo Místico de Cristo por el bautismo, son el cuerpo de la Iglesia. El alma de esta multitud de creyentes es la gracia, que circula por el Cuerpo Místico, que participa de esta manera de la capitalidad de Cristo. Cristo Cabeza, con la plenitud de la gracia en razón de la unión hipostática, se hace presente a través de la principalidad de eficiencia sobre el Cuerpo, que es su Iglesia y produce en la Iglesia la gracia, que circula en todos los

miembros. Esa es el alma de la Iglesia. Cristo es además el iluminador de la Iglesia, es el que la vivifica, el que hace que los miembros del Cuerpo puedan unirse a Él y esta unión del Cuerpo de la Iglesia con el Cristo iluminador y santificador produce, en la Iglesia, su nota distintiva de santidad. Por eso decimos que la Iglesia es santa. La Iglesia es santa ¿Y esta santidad de dónde viene? De la capitalidad de Cristo que le participa la gracia. La gracia capital de Cristo que se hace gracia santificante.

Estoy en la Iglesia, estoy incorporado por el Bautismo, soy uno de los que forman parte del Cuerpo Místico, y soy uno por los que circula esta gracia de Dios, el don divino creado por Dios para que pueda participar de la vida divina. De ahí mi comunión con el Señor, y de ahí la necesidad de ejercitar las virtudes teologales que son las que lo tienen a Dios como objeto y las que me abren a esta comunión con la gracia y con el misterio de la vida divina. La fe, la esperanza, la caridad. Por eso la espiritualidad, vista desde la teología de Santo Tomás, le da prioridad a las virtudes teologales, porque no es un acto de voluntad mío, personal, el que me hace santo y me perfecciona; es la fuerza operante de la gracia que me santifica y me perfecciona. Eso es lo que me santifica y perfecciona; pero más importante aún, o con prioridad de naturaleza en todo caso, es el ejercicio de las virtudes teologales. Ellas me abren a la dimensión de la capitalidad de Cristo, donde Cristo opera como “el primero de una multitud de hermanos”. Él esta santificado, y el Espíritu Santo que está presente en la Iglesia como promesa, motiva, empuja, logra la comunión, la unión de Cristo con la Iglesia. Eso es lo que hace el Espíritu Santo. Hace posible mi unión con Cristo. Hace posible el que yo crezca en la comunión con Cristo. Ahí está actuando el Espíritu Santo. Ese es el camino hacia mi santificación.

La gracia de salvación, de santidad, me viene de la capitalidad del Señor, y la acción del Espíritu Santo se va haciendo cada vez más fuerte en la medida en que, por el ejercicio de la vida virtuosa y especialmente de las virtudes teologales, me abro al influjo y eficiencia de la capitalidad de Cristo, como cabeza del Cuerpo Místico. Ahí empieza mi camino de espiritualización que es más que un camino moral, es un camino espiritual. El Espíritu Santo hace posible que me espiritualice y hace posible que transite este camino de retorno a Dios. Me voy acercando a la semejanza con Dios. Porque la vida virtuosa siempre está sostenida por el ejercicio de las facultades con las cuales opero para alcanzar el bien de la vida virtuosa. Y entonces siempre, aún en el acto de fe, está presente la razón, que es la que adhiere a la verdad, y en el acto de caridad está presente la voluntad que es la que adhiere al bien. El Espíritu Santo en cambio es una moción suprrracional. Es más que operar con mis propias facultades; empuja, sopla, posibilita desde arriba y sin necesidad de mi respuesta, para que pueda acercarme a la comunión con Dios, sostenerme y crecer en la vida divina.

Que así sea.

El misterio de la encarnación del Verbo de Dios, expresado en Santo

Tomás

Una buena ocasión para hacer una reflexión sobre nuestro patrono Santo Tomás de Aquino. Es un santo de la Iglesia, como tantos otros. Y en todo santo está expresada la presencia viva del Dios encarnado. Un santo es alguien que ha logrado, con una cierta totalidad, vivir en consagración y comunión con el misterio de Dios manifestado en su Verbo, el Cristo encarnado. De tal manera que en todo santo se puede percibir algún aspecto de las virtudes que se dieron de modo eminente y actual en Cristo, nuestro Señor. Santos hay que brillan por la fuerza de su fe: santos hay que se entregaron al Cordero en el martirio; santos hay que han descollado por la ternura de su corazón en las obras de misericordia; santos hay que han mostrado en su vida aquella castidad y virginidad del Verbo Encarnado; santos hay que mostraron la renuncia plena y total a las cosas del mundo, con una vida consagrada, ascética, de retiro, de silencio y de oración. Podríamos así, enumerar muchísimos ejemplos que aparecen en el Cuerpo Místico de Cristo, y que en su conjunto no hacen más que expresar la nota distintiva de la Iglesia, que es la santidad. La Iglesia es santa, y por eso da santos. En cada santo hay un modo de encarnación del Verbo de Dios.

¿Qué es lo que más expresa Santo Tomás del misterio del Verbo Encarnado?

Creo que Santo Tomás es el santo que mejor expresa el misterio mismo de la encarnación de Dios, la totalidad del misterio de la encarnación. Es el santo donde podemos encontrar que se nos manifiesta la encarnación del Verbo de Dios. Lo que conoce nuestra fe en la Encarnación del Verbo es la comunión y unidad perfecta de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo. El Verbo de Dios que aparece

en la plenitud de los tiempos, es el Hijo eterno engendrado por el Padre, antes de la creación del mundo, dice la Escritura. Es decir, desde la eternidad; desde la totalidad inmensa e infinita del misterio del Ser de Dios, ahí está el Padre, y ahí está el Hijo, y ahí está procediendo el Espíritu Santo. Ese misterio de la Trinidad se expresa en la Encarnación a través de la segunda persona, que es la que toma la naturaleza humana. Y se da un hecho asombroso, inusitado, impensable, por lo que San Pablo dice: “Ni ojo vio, Ni oído oyó lo que Dios les tenía preparado a los hombres que ama”. Esta cosa ¿qué es? La naturaleza humana unida a la naturaleza divina en la persona del Verbo sin que se quiebre la realidad ontológica de lo humano, y sin que se menoscabe la omnipotencia infinita del Verbo de Dios. Este es el misterio. Esta es la encarnación. Este es el misterio de la encarnación. ¿Qué es lo que vemos en Cristo? Vemos al Hijo de Dios hecho hombre, y decimos y lo proclamamos: perfecto Dios y perfecto hombre. Y la perfección de Hijo de Dios, como hombre, significa que esa naturaleza que Él tiene, con la que crece en medio de los hombres, con la que se desplaza en medio de las muchedumbres, con la que predica y enseña, esa naturaleza es humana. No es un cuerpo ficticio. No es un cuerpo mágico. Es carne nuestra; naturaleza humana. Semejante en todo a nosotros, es decir, con inteligencia; es decir, con voluntad; es decir con afectos; es decir, con sentimientos ¿Acaso no lloró cuando predijo la destrucción del Templo de Jerusalén? Lloró por su patria y por la muerte de su amigo Lázaro.

Todo lo humano está presente en la naturaleza humana de Cristo, salvo el pecado. Y esta naturaleza está unida con la naturaleza divina. De manera que cuando lo veo al Cristo hombre ¿a quién estoy viendo? Estoy viendo al Dios omnipotente, al Dios creador, al Dios redentor, al Dios salvador. Toda la fuerza de Dios. Es Dios y hombre verdadero.

La unidad de naturaleza se da en la persona del Verbo de Dios, en aquel Hijo engendrado por el Padre desde antes de la constitución del mundo, con el cual se da una relación de paternidad y filiación. El Padre mira al Verbo como Hijo; el Hijo mira a Dios como el Padre. De esta relación de paternidad y filiación se constituyen las personas, y no hay más. La relación es la mínima entidad ontológica. Así se constituye el Padre y el Hijo. En la Trinidad todo es uno salvo cuando hay una relación de oposición. Paternidad y filiación, ahí se constituyen las personas. Pero el Padre es igual al hijo. El Hijo es substancia del Padre. *“Todo lo mío es tuyo, todo lo tuyo es mío”*.

El Verbo es el que le comunica a la naturaleza humana su subsistencia. De tal manera que Cristo no tiene persona humana, como la tenemos nosotros. Nosotros tenemos persona humana porque en nuestra naturaleza participamos el “esse” divino, la existencia la participamos desde la naturaleza humana, y por eso tenemos persona humana. Cuando obramos, obramos como persona humana. Nuestros actos tienen la medida y están condicionados por las características propias de una persona humana. Es decir, tienen tiempo, tienen medida, tienen espacio, tienen peso, y están insertos en la realidad corporal de la naturaleza. En Cristo esa persona no existe. La persona con la que actúa Cristo es la persona del Verbo. Los actos se atribuyen siempre a la persona y no a la naturaleza. Cuando digo “yo”, ¿qué estoy expresando? La persona. La persona es esa entidad existencial que subsiste con autonomía y a la cual le atribuyo mis actos y mis operaciones. La persona a la cual atribuyo actos y operaciones en el caso de Cristo ¿quién es? Una persona humana no, porque no sería Dios. Es el Verbo. Por eso el acto más elemental que Cristo haga, como se atribuye a la persona del Verbo, y la persona del Verbo es absoluta, omnipotente, eterna e infinita, tiene valor infinito. Cuando muere en la cruz, nos redime. Ese acto no es el de una persona humana; es el de una

Persona divina, aunque se haga en una naturaleza humana. Este es el misterio. Pero lo más asombroso de este misterio de la encarnación es la comunión de la naturaleza humana con la divina, sin que se desvirtúe lo humano, y sin que se menoscabe lo divino.

No hay ninguna otra religión que pueda manifestar de modo más coherente y misterioso la unión de lo divino con lo humano, y quizá en esto podríamos percibir la verdad del dogma católico. Si nos vamos a las teofanías orientalistas, ellas absorben al hombre y lo terminan perdiendo en una infinitud que no sabemos qué es. Si nos quedamos con los psicologismos “yo-ista” o lo que usted quiera, en definitiva, lo que hay es lo humano tratando de estirarse hasta donde lo permita la ilusión panteizante, pero que finalmente niega a Dios en nombre del hombre y al hombre en nombre de Dios. Quedan encerrados en lo inmanente. Si nos vamos hacia la reforma ella quebró la comunión. Esto es lo más grave. Quebró la posibilidad de que Dios se pudiera comunicar con el hombre y con el mundo, sin que se quebrante el hombre y el mundo, y sin que se menoscabe Dios. Para salvarlo a Dios, dejaron al mundo sin Dios, y pusieron una “o” donde la Iglesia siempre pone una “y”. La Iglesia decía: *“Cristo y el mundo, naturaleza humana y naturaleza divina”*. Ellos quisieron salvar a Dios del menoscabo de lo humano y dejaron sin posibilidad de comunicación a lo divino con lo humano, a no ser por un acto subjetivo de la conciencia. Pero eso no basta.

En cambio, en la doctrina católica, esta comunión es perfecta. ¡Qué maravilla saber que nos salvamos como personas; que no estamos disminuidos sino dignificados. Y nuestra razón de naturaleza, de persona, es asumida y sobreelevada sin menoscabarla. Abierta a la dignidad del misterio de la gracia, y perfeccionada hacia la gloria divina para unirse en comunión perfecta con Dios. En el cielo, el hombre, aunque sea

sobreelevado a la gloria, seguirá siendo persona, y Dios seguirá siendo Dios. Por eso podremos estar en comunión de personas. La religión católica es comunión de personas. Persona divina y persona humana que se comunican.

Esto es lo que nos muestra Santo Tomás. Nos lo muestra con su vida, nos lo muestra con su doctrina, nos lo muestra con su enseñanza. Todo en él es armonía y equilibrio y por eso es difícil percibirlo. No es un santo que conmociona sensiblemente. En él se manifiesta la encarnación del Verbo, es la expresión del Verbo, es el misterio del Verbo, es la armonía del Verbo, es el silencio del Verbo, es la penetración más profunda de la verdad de Dios y de la verdad del hombre, expresadas en una perfecta comunión, donde no se quebranta la Revelación y donde no se distorsiona la verdad de las cosas. ¡Qué maravilla! Yo podría detenerme, ahora, y pasar a explicar esto. Pero los veo cansados y no es hora para hacerlo. Pero en todo caso, les dejo esta idea para que ustedes la puedan desarrollar por su cuenta.

¿Qué expresa Santo Tomás? Expresa al misterio de la encarnación del Verbo. La comunión perfecta de lo divino y de lo humano. Nos muestra cómo Dios y el hombre se pueden unir para, juntos, ir a la casa del Padre.

El hombre en su realidad individual; el hombre en su realidad social; el hombre en su realidad política; las cosas del cosmos. Hay toda una filosofía de la naturaleza en Santo Tomás, hay toda una antropología en Santo Tomás; hay toda una moral en Santo Tomás, donde se va marcando, “*El retorno del hombre a Dios*”: Y sobre todo hay una teología ¿Quién ha penetrado y explicado mejor que Santo Tomás el misterio de la Trinidad? ¿Quién se ha atrevido a asomarse hasta el fondo del misterio de la Encarnación para dilucidar cómo se da, hasta dónde es posible, la unión de

la naturaleza humana con la naturaleza divina? ¿Quién nos ha marcado mejor los caminos del encuentro con Dios a través de la gracia? Con una honestidad intelectual perfecta, marcó también los límites de la teología, cuando dijo que teológicamente no se podía demostrar la Inmaculada Concepción. Y tenía razón. Teológicamente no se puede demostrar. Fue necesario el Magisterio de la Iglesia. Porque en buena doctrina católica la teología se subordina al Magisterio de la Iglesia. El Magisterio no se subordina a los teólogos. El Magisterio dijo sí, y en 1854 el Papa Pío IX promulgo la Bula “Ineffabilis Deus” donde, recogiendo una secular tradición de la Iglesia, definió como dogma de fe la Inmaculada Concepción de la Virgen María. Santo Tomás, como teólogo, había mostrado los límites de la teología para abordar este tema que solo podía ser solucionado por el magisterio de la Iglesia.

“El hombre sabio y prudente es el que edifica la casa sobre roca”. Vienen las lluvias, salen los torrentes, soplan los vientos y la casa no se desploma. Si la construye sobre arena, vienen las lluvias, vienen los vientos, salen los torrentes y la casa se destruye.

En FASTA estamos construyendo más que una casa, una ciudad. Hay que darle gracias a Dios que nos ha dado a Santo Tomás. Cuántas casas y ciudades de la Iglesia vemos que se van cayendo por las lluvias y los torrentes, porque no están edificadas sobre Santo Tomás. Miren, *hay que volver a Santo Tomás*. Ahí está la teología. Si usted quiere reflexionar sobre el encuentro del hombre con Dios no hay ninguna otra posibilidad de hacerlo con seriedad doctrinal si no es desde Santo Tomás. Si usted se va de ahí, va a decir cualquier bobada, aunque acierte en alguna cosa.

Dios nos ha regalado a este Santo Patrono. Los que no lo pueden estudiar, bueno, que le recen, es un santo. Está en el Cuerpo Místico e intercede. Y los que le pueden estudiar que lo estudien, y los que lo deben

estudiar que lo hagan. Que, en definitiva, sea nuestro hermano mayor que nos ilumina el camino hacia la Casa del Padre.

Que así sea.